LAS/12

MIRADA DE MUJERES
EN PÁGINA/12
15 DE NOVIEMBRE DE 2002
AÑO 5 Nº240

UNA MUJER EN LA SUPREMA CORTE
HISTORIA DEL AFEITADO
UNA TAL JENNIFER ANISTON



MARGARITA BARRIENTOS

Dar de comer

LA FUERZA DE UNA MARGARITA

Se quedó huérfana muy chica, perdió a sus hermanos, fue chica de la calle, empleada doméstica, cartonera cuando todavía los cartoneros eran pocos. Conoció el desamparo al que este país somete hoy a millones de personas antes que otros, pero también, antes que otros, Margarita Barrientos intuyó que solamente podía conjurar su propia historia con solidaridad. Creó el comedor Los Piletones, del Bajo Flores, y allí reina, hoy, mientras evalúa cuál será su próxima conquista.

POR LAURA VALES

Para contar la historia de Margarita Barrientos hay que empezar por describir una época regida por la impiedad y la indiferencia. Un destino de pobre la enfrentó muy temprano a todas las formas de la privación. Perdió a su madre siendo niña. Vivió en la calle en los '70, cuando sólo los locos y los linyeras no tenían techo. Juntó cartones en los '80, mucho antes de que los cartoneros fueran la legión que son hoy. Y se adelantó, en los '90, a dar de comer a otros tan pobres como ella. Hoy, en su comedor Los Piletones, sirve desayuno, almuerzo y cena a 1600 personas por día, pero incluso a ese lugar de fortaleza y de generosidad la condujo una serie de calamidades iniciadas en su infancia. Su historia es una historia de reparaciones. Una por una, Margarita fue conjurando sus privaciones. Esta es la historia de una mujer que se dio a sí misma la oportunidad de cambiarse.

Santiagueña, hija de madre toba y padre blanco, nena fugada a los doce, empleada doméstica de un militar a los catorce, ciruja a los treinta, Margarita vivió siempre dentro de esos bordes donde la muerte es fácil y cualquier cosa puede pasar en cualquier momento.

Hoy, con cuarenta años recién cumplidos, tiene diez hijos y dos nietos. La familia en pleno, incluido su marido Isidro y dos nueras trabajan en el comedor popular fundado en 1996. Los Piletones fue uno de los primeros en abrirse sin apoyo del Estado. Ocurrió, como todo, para enmendar una desgracia.

–Yo ya estaba casada con Isidro, ya habían nacido los chicos –recuerda Barrientos–. Vivíamos en José C. Paz. Isidro trabajaba como camionero cuando Romina, mi hija mayor, se enfermó de meningitis. La internamos en el hospital Muñiz y los médicos no tenían mayores esperanzas. En el pico de la enfermedad, mientras Isidro estaba haciendo un viaje, se distrajo y sufrió un accidente. Le cayó un volcador sobre el brazo y se lo tuvieron que amputar.

A partir de entonces, imposibilitado de conducir, el principal sustento de la familia fue juntar cartones. "El salía a las cuatro de la mañana porque iba a limpiar panaderías. Una de las dueñas le daba pan y facturas. Traía mucho a casa, nos sobraba, así que decidimos dar un desayuno y al poco tiempo empezamos también a cocinar el almuerzo."

–¿Cómo conseguían los insumos?

–Isidro traía todo, de la calle. Nosotros teníamos dos caballos, la Nena y la Gringa. Con la Nena salía Isidro y con la Gringa, Oscarcito. Salían a cirujear y así conocían lugares donde les daban cosas, había verdulerías que nos regalaban papas, zapallos, la fruta. A la carne y los fideos los comprábamos con lo que ganábamos cirujeando. Así empezamos el comedor, para siete chicos y un abuelo.

Las fotos de ese año lo muestran como un baldío con piso de tierra y un galpón de chapa, donde se cocinaba a leña. Abrió un día siete, para que San Cayetano trajera suerte, y ya no dejó de funcionar.

Isidro da una versión menos edulcorada de fundación. En su relato, el nacimiento está ligado a la pelea por la sobrevivencia. Su versión dice que el cartoneo en esa época dejaba buena ganancia, y que los siete chicos trabajaban con él, ayudándolo a clasificar la basura.

Así fue como empezaron: comían juntos los que trabajaban juntos, y Margarita cocinaba para todos. El comedor, entonces, bien pudo haber sido una extensión del depósito donde los carros tiraban su carga y se separaba la chatarra del papel.

Después vino la historia conocida: del '96 a hoy, ese barrio del Bajo Flores se desbarrancó como el país, hasta convertirse en una villa de cartoneros y desocupados. Y el comedor creció: se transformó en un espacio amplio, con piso de cemento, paredes blancas, cocinas industriales de acero inoxidable. En los rincones hay varios *freezers* y atrás una oficina con fax para tramitar las donaciones.

Todo está limpio, obsesivamente repasado. Las cocineras con cofia, las panaderas con guardapolvo. En la manzana que está frente al comedor hay un centro de salud del que se desprende un penetrante olor a desinfectante. En el fondo construyeron un hogar de día para ancianos. Y está la guardería, para los más chicos de la zona. Todo obra de Margarita Barrientos.

LOS PILETONES

La villa donde está el comedor Los Piletones tiene una identidad confusa, borrosa. Unos le dicen Villa Fátima, otros Villa Cildáñez o Soldati. Depende. Los vecinos más nuevos hablan directamente del barrio Los Piletones.

Tanta imprecisión tiene sus motivos: aunque el asentamiento se levantó hace muchas décadas, la dictadura le pasó por encima con la topadora, erradicó a sus habitantes y dejó el lugar convertido en un descampado. Con la democracia, la villa se volvió a formar, pero había perdido la memoria. Ahora viven allí, muy cerca del autódromo municipal, 5 mil familias, espacio que se disputan ferozmente los punteros del PJ y el Frepaso.

Las casas son casi todas de material, sin revocar, con ladrillos huecos. Ninguna tiene jardín, no hay suficiente espacio. La ráfaga de prosperidad ilusoria de los '90 les alcanzó a los vecinos para levantar paredes, pero no para desarmar el hacinamiento. La desocupación, claro, es muy alta.

Barrientos se mudó al lugar en el '87, con su marido Isidro y sus hijos. Entre su descendencia hay cuatro nuevos Isidros y una nueva Margarita. El dato podría dar lugar a una imagen de patriarcado. Nada sería más lejano a la verdad. En esas manzanas, el mundo gira en torno a Margarita Barrientos.

Treinta personas trabajan entre el comedor y una panadería. A la sala de atención de la salud, con servicios de ginecología, farmacia y odontología, va un equipo de profesionales *ad honorem*. Y está la guardería con sus maestras. Todo, obra de la fundación bautizada con su nombre.

Barrientos nació en 1962, la penúltima de once hermanos, de los que sobrevivieron sólo cinco. Antes de cumplir los doce, la madre murió de un cáncer. La familia se desmembró. En la casa de Santiago del Estero quedaron el padre y los tres hijos menores: Martín, de 13; Margarita, de 11 y Nilda, quien no había cumplido los diez. El hombre los llevó a un obraje y los dejó. Como los días pasaban sin que diera señales de aparecer, los obreros avisaron a la policía y se acordó que una delegación pasara a retirar a los menores.

Esa noche, los mayores, Margarita y Martín, discutieron sobre lo que podía ocurrir y decidieron que cualquier cosa sería mejor que un internado. "Ensillamos dos caballos y salimos a la madrugada", recuerda ella. Martín partió rumbo al pequeño pueblo de Vilela. Margarita y su hermana, en cambio, fueron en dirección opuesta, hacia Añatuya.

–¿A buscar a quién?

–A nadie. Yo ya estaba pensando en venirme a Buenos Aires.

–¿Por qué a Buenos Aires?

–No sé –dice ella, como si la pregunta fuera una rareza–. Ya no me acuerdo.

Las hermanas viajaron todo el día por el monte, las dos en el lomo de una yegua. Cuando ya no hubo luz, buscaron un descampado y durmieron. Hacía calor, era verano. El hermano mayor les había dicho que tardarían en llegar a Añatuya dos o tres días. A la mañana del segundo encontraron el pueblo. "Cuando apareció la primera casita, nos bajamos. Solté al animal, para que volviera al monte. La arreglé un poco a la Nilda, caminamos hacia la ciudad. Había una mujer afuera, en el primer rancho, haciendo sus cosas. Cuando estábamos llegando, le digo a mi hermana:



ADRIAN PEREZ

Hoy, en su comedor Los Piletones, sirve desayuno, almuerzo y cena a 1600 personas por día, pero incluso a ese lugar de fortaleza y de generosidad la condujo una serie de calamidades iniciadas en su infancia. Su historia es una historia de reparaciones.



'Nilda, andá corriendo, pedile tortilla a la señora'. Nilda corrió –continúa Margarita–. Y yo corrí también, pero para el otro lado. Me fui. Me vine para Buenos Aires."

–Así se separaron los tres hermanos.

–Sí.

–¿Y no volvieron a verse por mucho tiempo?

–Por 27 años.

ISIDRO

Llegó a la estación de Retiro con 12 años. Se refugió temporalmente en la casa de un hermano, más tarde empezó a vivir en la calle. Dormía en las plazas, comía como podía, ofreció en las esquinas de una plaza del Conurbano sus servicios como doméstica. Se metió de niñera de un matrimonio (él era militar y ella, maestra), vivió con ellos un tiempo en Comodoro Rivadavia, volvió a Buenos Aires, se casó con un hombre que la doblaba en edad.

–Lo conocí un día domingo, en José C. Paz, cuando volví del sur, en la casa de una cuñada donde yo estaba de visita. Yo ya me iba a ir otra vez a cualquier lado, porque hacía como 3 o 4 días que estaba parando ahí. Entonces lo vi.

–¿El era amigo de la familia?

–No, él pasó por la calle. Fue como buscar a alguien, alguna protección.

–¿Qué le gustó?

–Que me hacía caso (risas). Eso es importante.

–¿Recuerda qué se dijeron?

–Me habrá dicho chau, o algo así. O lo habré saludado yo, no me acuerdo.

Al rato vino mi sobrino y me dijo: "Tía, te llama el hermano de la Chichí". Era Isidro. Fui a verlo. Todo pasó rápido, habremos estado dos días de novios y ya nos juntamos.

–¿Qué tenía puesto el día en que se conocieron, cuando él pasó y la miró?

–De eso sí me acuerdo. Tenía un vestido amarillo con unas margaritas grandes.

–Usted tendría unos 15 años.

–Catorce. Iba a cumplir los 15.

En el universo Barrientos confluye la familia ampliada con vecinas de barrio, médicos y maestras. Visto desde afuera, es un lugar donde todos parecen saber cuál es su función y qué es lo que hay que hacer. Su lógica de funcionamiento interna tiene más que ver con la solidaridad que con la organización social: en este lugar, el trabajo lleva la impronta de la caridad, diferente de la de la lucha.

–¿Quién toma las decisiones sobre cómo hacer cada cosa?

–Yo –dice Margarita–. Siempre soy yo.

–¿Hacen asambleas con los vecinos?

–Hacemos reuniones para contarles qué es lo que queremos hacer. Se convoca a un encuentro y se les avisa.

–¿Qué vio cambiar en el barrio a partir del trabajo en el comedor?

–La gente aprendió mucho. Aprendió a convivir, porque acá los paraguayos no se llevaban bien con los bolivianos, había esa cosa de tirantez de los que no son de la misma nación y no piensan igual. Aprendieron a convivir porque acá trabajamos todos entreverados. Acá hay peruanos, bolivianos, paraguayos, chilenos trabajando.

POLITICAS

Margarita no cree en los políticos. "En ninguno", dice. Sostiene que le gustaría que al país lo gobernara un empresario.

–¿Como Macri?

–¡No! Como Macri no.

–¿Como quién?

–Un empresario pobre.

–¿Y por qué no directamente un pobre?

–¿Como quién?



La gente aprendió mucho. Aprendió a convivir, porque acá los paraguayos no se llevaban bien con los bolivianos, había esa cosa de tirantez de los que no son de la misma nación y no piensan igual. Aprendieron a convivir porque acá trabajamos todos entreverados.

–Como alguien que, por ejemplo, sostenga un comedor.

–Porque no todos los comedores son honestos.

El comedor y todo lo que lo rodea creció con donaciones. En torno a esos dineros hay historias públicas, como el regalo de la primera emisión del programa "Codicia", que entregó a Los Piletones 14 mil pesos con los que levantaron las paredes del centro de salud, y otras más ocultas, como el paso de una nieta de Amalita Fortabat por la guardería, donde –aseguran allí– hizo una pasantía sin que prácticamente nadie se enterara de dónde venía la maestra jardinera. Mucha gente se acerca así, silenciosamente.

–Usted dijo que había reencontrado a su hermana Nilda después de 27 años. ¿Supo qué había ocurrido con ella después de que corrió hacia esa casa, en Añatuya?

–A Nilda la internaron en un colegio de monjas, porque no tenía familia. Después pasó 10 años en el Montes de Oca. De ahí pasó a un instituto.

–¿Cuándo se reencontraron?

–Fue una noche de hace dos años, cuando vino Mirtha Legrand a hacer su programa desde el comedor.

–¿Ella la vio por televisión?

–Sí. Ella estaba en Villa Martelli, en un hogar de señoritas. Esa noche me vio en el programa y me llamaron a casa, como a la una de la madrugada. Quedamos en ir a verla apenas fuera de día. Nunca me voy a olvidar de ese momento: fuimos con Isidro, en auto. Estábamos buscando la dirección y cuando nos acercamos la vi, ahí estaba Nilda, parada en la vereda, con una valija lista. Y se vino a vivir con nosotros, estamos juntas.

ESPACIOS

Pegada al comedor de Margarita Barrientos está la guardería infantil. Sus aulas fueron construidas en el '99, pero el mes pasado compraron además un terreno en el fondo y lo convirtieron en patio. Es una superficie grande, como de la mitad de una cancha de básquet, a la que hicieron un piso de cemento. En una esquina colocaron una calesita y nada más, para que los alumnos, todos habitantes de la villa, tuvieran espacio para correr.

La inauguración fue hace unas semanas. Ese día, las maestras sacaron a los chicos al patio y se prepararon para ver la fiesta pero, para desconcierto general, ellos se instalaron en un rincón y ahí se quedaron, jugando dentro de unos límites invisibles de dos por dos. De manera que, tras concluir que el problema era que el patio era demasiado grande en relación con los espacios conocidos, las maestras tuvieron que mostrarles a través de distintos juegos que podían ir más allá.

Barrientos se ríe cuando escucha el relato, que **Las/12** conoció a través de las maestras. "Ahora quiero construir la biblioteca –dice–; después buscaré a alguien de plata que me done una losa para hacer el techo y poner arriba de la panadería una fábrica de pastas, para generar trabajo; podríamos crear 20 puestos. Y después quiero comprar otro terreno para hacer un hogar de día para las mujeres, para que se bañen y aprendan a bañar a sus hijos. Tengo un montón de cosas pendientes, tengo muchos proyectos. Yo soy de raza india, tengo fuerzas internas que no me permiten aflojar. No quisiera nunca aflojar, no me gusta dar el brazo a torcer fácilmente."

–¿Por qué será eso?

–Será la vida que a una la hace así. Yo lo veía a mi papá flojo, tan irresponsable. Salió a buscar el remedio para mi mamá y volvió cinco días después de que ella había muerto. Hacía esas cosas.

–Por ahí no se daba cuenta.

–Se daba cuenta tarde. Por eso yo, cuando era chica, quería ser rica, para salvarle la vida. "Cuando sea rica –pensaba–, mi mamá no se va a morir nunca."

Silencio.

–Estos son edificios fuertes. El comedor, la salita de salud, la guardería.

–Esa es la idea.

–Están construyendo cosas que van a durar muchos años.

–Yo tengo diez hijos –dice ella–. Y todos son así.

–¿Como estos edificios?

–Claro. Muchos de mis hijos están trabajando conmigo. Yo siempre digo que ellos nunca dieron lo que les sobró sino lo que les faltaba. Eso es lo mejor de todo.

FOTO DE TAPA: ADRIAN PEREZ





POLITICA

hablar de aborto

POR RUBEN GIUSTINIANI *

En la Argentina, como en la mayoría de los países donde el aborto constituye un delito, la tendencia tradicional es desconocer o negar su incidencia, sus causas y consecuencias para la mujer y para el conjunto de la sociedad. La ilegalidad de esta práctica provoca una deficiencia en los registros, por eso la morbilidad materna es sólo estimable de manera indirecta.

El pacto de silencio que se ha construido en torno a la interrupción del embarazo se quiebra a partir de las estimaciones. A pesar de la dificultad de cuantificar la magnitud del problema, las cifras que se obtienen demuestran la existencia de un hecho social que se niega y se invisibiliza. La realidad ratifica una contradicción innegable entre las necesidades reales de la sociedad y los intereses materiales, económicos e ideológicos de sectores sociales, religiosos y políticos conservadores y dogmáticos.

El aborto ocupa el primer lugar como causa de muerte materna en el país. Se estima que cada año mueren alrededor de 500 mujeres y otras 15 mil quedan afectadas en su estado de salud por causas relacionadas con el embarazo, parto y puerperio. Se calcula que se realizan en el país 500 mil abortos por año. Las complicaciones del aborto son la primera causa de internación, excluyendo el parto, de mujeres en los hospitales públicos.

La Argentina admite la legalidad del aborto "cuando peligra la vida y la salud de la madre" (art. 86.1) y "si el embarazo proviene de una violación o un atentado al pudor cometido sobre la mujer idiota o demente" (art. 86.2); sin embargo, podríamos afirmar que estas dos excepciones legales son prácticamente letra muerta de la ley.

La problemática de la interrupción del embarazo es compleja. La flexibilidad de la legislación y el acceso a derechos no sólo pasa por la modificación de las leyes sino por un profundo debate social que en primer lugar comprometa a los involucrados en la situación, políticos, médicos, jueces y por supuesto a la directamente implicada, la mujer.

La penalización del aborto induce a la clandestinidad y al nacimiento de un mercado en el cual la vida y la salud de las mujeres tienen escaso valor. Es de público conocimiento que las intervenciones quirúrgicas seguras que se realizan en el circuito privado tienen altos costos y la ilegalidad lleva a beneficiar a unos pocos, que hacen un negocio sumamente lucrativo. La ilegalidad plantea discriminación social e inequidad, ya que las mujeres de escasos recursos por temor a ser denunciadas no recurren a solicitar asistencia médica.

La única consecuencia que tiene la penalización del aborto es que esas prácticas lleguen más tardíamente al hospital, con lo cual es mayor el costo de salud para la mujer. Es inadmisible que ante la posibilidad de ser denunciada o encarcelada, una mujer sea privada de la atención necesaria en un servicio de salud.

Con la despenalización parcial del aborto, se intenta garantizar el derecho a la vida de las mujeres, el acceso a los servicios de salud y no se lo concibe como método de planificación familiar. Lo fundamental para una sociedad que le interesa proteger la salud de la mujer es desarrollar programas de salud reproductiva que jerarquicen la prevención. La investigación sobre los métodos de anticoncepción, la educación, la información y los servicios de salud deben estar al alcance de todos y todas para evitar que las mujeres en el futuro tengan que optar por un aborto, pudiendo con su conciencia bien informada elegir el método anticonceptivo más conveniente para que puedan gozar de su sexualidad sin temor de quedar embarazada.

Estoy convencido de que la despenalización parcial del aborto constituye una medida necesaria que garantiza derechos de salud de las mujeres. Por esto, junto al bloque socialista y con el acompañamiento de otras fuerzas políticas hemos presentado un proyecto de ley en la Cámara de Diputados de la Nación que modifica el art. 86 del Código Penal Argentino, ampliando las excepciones ya previstas de aborto no punible para tres situaciones: cuando existe un riesgo grave de salud física o psíquica para la mujer; si el embarazo proviene de una violación o estupro –en este último caso, el aborto se realizará previo consentimiento por escrito de los padres o tutores– y cuando el diagnóstico médico certifique la inviabilidad de vida extrauterina del feto. También, se impulsa la derogación del art. 88 que penaliza a la mujer que se practica un aborto con prisión de 1 a 4 años y en la realidad cotidiana condena a muerte a más de una mujer.

* VARON INVITADO

* DIPUTADO NACIONAL. SOCIALISTA.

Después de Harry, llega Molly

Se llama Georgia Byng, es británica y por ahora las ventas de su libro *Molly Moon*, en el Reino Unido, van por los 55 mil ejemplares. La cifra no es escalofriante, pero hay grandes planes para ella: *Molly Moon* será traducida a 25 idiomas, y sobre el libro recaerá la exigencia de que sea el heredero, el continuador o el imitador de Harry Potter. El personaje, Molly, es naturalmente una huérfana que pasó su infancia privada de cariño y de mimos. Lo que sacará a Molly de su destino previsible será también un don sobrenatural: los poderes hipnóticos. David Heyman, quien compró en su momento los derechos de Harry Potter para hacer de él un producto cinematográfico, ya tiene una opción para hacer de *Molly Moon* algo parecido a otro gran éxito mundial. La autora, Georgia Byng, tiene 37 años, y éste es su primer libro de renombre. Es decir, una historia de suceso editorial surgido de la nada, también muy parecido al de J.K. Rowling. Sobre el hipnotismo, Byng afirma que en el libro juega un papel especial, pero subraya que su intención es que con Molly los chicos adviertan que ellos mismos están siendo hipnotizados todo el tiempo por la publicidad y el mercado. Sorprendida, como es de rigor, por su propio éxito, Georgia declara: "Mi único objetivo era escribir un libro que fuera publicado". Andáaa...



TANGO, ZEN & HUMOR

POR MOIRA SOTO

Remanso en medio de la ansiedad competitiva que caracteriza al mundo del espectáculo, Jana Purita, afable y reflexiva, desprovista de toda afectación, se presta al reportaje. Acaso parte de esta placidez le empezó a llegar a esta actriz y cantante cuando de niña estudiaba piano en una academia de barrio y le fascinaba la música clásica –que también escuchaba en su casa, alternada con tango y otros géneros populares–: "Había algo muy tranquilizador en Mozart, Bach, Beethoven; un mundo ordenado, organizado, con una lógica bien clara en las piezas que aprendí a tocar en ese momento". Paralelamente al piano, que prosiguió estudiando más tarde en el Conservatorio, Jana siempre fue de cantar, en el colegio, en coros. En su casa, donde su padre, que sabía tocar el piano, adoraba el tango, y su madre mantenía frescas las vivencias de haber bailado con la orquesta típica, Jana Purita hasta tenía un disco de Raphael y trepada a la mesa se divertía haciendo "Yo soy aquel". Desde chica, la intérprete de *Tangos canallas* supo que lo suyo era la música, sin dejar de lado la actuación. Con el tiempo, siguiendo esa voz interior que suele llamarse intuición, yendo del bolero al tango e indagando en la historia de la canción ciudadana, Purita se decidió por el repertorio de los '20 y '30, de Azucena Murzani, Ada Falcón, Rosita Quiroga, Tita Merello, Mercedes Simone. Intérpretes que Jana reconoce como sus musas, sin intentar imitarlas, así como confiesa su devoción incondicional por Nelly Omar.

Cantar en un coro le produjo emociones de alta calidad y gran intensidad, pero Jana hizo un alto de varios años en el Conservatorio, de donde salió con el título de Maestra Nacional de Música, especializada en piano. Con esa plataforma se sintió libre para encarar otras ramas dentro de la expresión artística: "Empecé un curso de clown con Guillermo Angelelli, gran maestro. Lo que más me conmovió en esta atracción por la ficción teatral fue poder apreciar un lenguaje poético en el escenario. Por ejemplo, en los espectáculos del Clú del Claun, y en las presentaciones de danza-teatro del grupo UBA. Por otra parte, siempre me sentí agradecida como público de que me hicieran reír: ése era el efecto que quería conseguir cuando empecé a aprender clown, toda una técnica. Después estudié teatro con Julian Howard; danza-teatro en el Rojas, un lugar donde más tarde comencé a dar clases de canto, y todavía lo hago. Todo me parece convergente, es como que tengo varias vocaciones integradas", dice con la sonrisa beatífica de quien ha encontrado su lugar en el arte. A partir de esa convicción, Jana Purita cree que las cosas se van dando. "Sé que algo de promoción es necesaria, pero no es mi fuerte, no tengo esa voracidad: cuando hice hace unos años *Invisible* en teatro, dirigida por Francisco Javier, tuve buenas críticas, pero no se me ocurrió capitalizarlas. No progresé en ese rubro: me parece que hay que informar, hacer difusión, pero no pediría una nota. Sí, en cambio, me gusta que hayas venido y que, después de ver *Tangos canallas*, quieras hacer esta nota porque apreciaste el espectáculo. Sin mandarme la parte de nada, a mis energías prefiero ponerlas en la búsqueda, el decantamiento de mi trabajo."

Luego de hacer su primer numerito (de clown) en público en el '86, y de participar cantando su parte en el rol de Elena de *El sueño de una noche de verano*, dirigida por Howard, Jana Purita arrancó como cantante propiamente dicha en el '92, con un espectáculo que se llamó *Himno al amor* (evidente homenaje a Piaf), entonando boleros y canciones melódicas de los '60. Ya estaba en pareja con el excelente actor Carlos Durañona, que hacía de presentador onda Roberto Galán, y ella cantaba, por ejemplo, aquello de "Quiéreme siempre". Carlos y Jana se siguen queriendo y prosiguen actuando juntos: además de hacer *Tangos canallas* –donde él es un gigoló que se hace cargo de la carrera de ella, chica de barrio aspirante a cancionista–, que se repone muy pronto, desde el año pasado integran el elenco de *Cachafaz*, de Copi, uno de los espectáculos teatrales más valiosos de los últimos tiempos. "Una obra con una increíble intensidad de ideas, más argentina que el asado. Una obra sobre el hambre antes que sobre amores no convencionales: la sexualidad está tomada más desde un ángulo político. Para mí es un desafío hacer a la Vecina que representa el sentido común, la ideología dominante: ella flexibiliza su pensamiento, su conducta por hambre. Cuando matan al primer policía, ella adhiere a la carnicería por una cuestión de supervivencia. Ella comenta: 'Los chicos están más flacos que un pinche, tienen lombriz y escorbuto...'. Es un texto arrollador, además en verso, lo que marca el ritmo. La puesta tiene una síntesis admirable."

DESMONTAR EL MACHISMO CON HUMOR

–Después de Himno al amor te pasás al tango y hacés "Besos brujos" y "Pipistrela" en el Alvear, con la orquesta dirigida por Osvaldo Piro. ¿Te asaltaron los fantasmas de Tita Merello y Libertad Lamarque?

–Libertad no me produce ningún fantasma, en cambio Tita me despierta una admiración absoluta. Ella es única. Interpreta, dice, canta desde un lugar tan auténtico que es absurdo copiarla. Frente a semejante artista, sólo me quedaba tratar que lo mío fuese muy sincero, pero desde mí misma. Tita dejó una marca muy fuerte y personal, en su estilo fue un buen modelo para buscar en mis propias emociones, en mi sentido del humor.

–Esa veta humorística, natural y a la vez trabajada en tu caso, con la que ponés en evidencia rasgos tragicómicos de ciertos temas, ¿te sirve para deslizar una intención sutilmente auténtica?

–Sí, porque el humor da toda la vuelta; para reírte, antes necesitás haber pasado por lo dramático, lo doloroso, lo desgraciado. Instancias que trascendés gracias al humor, que te ayuda a mantener la salud mental. Creo que el actor, la actriz que sube al escenario para hacer reír, lo tiene que hacer desde una humildad muy profunda, desde un gran despojamiento, dejando totalmente de lado el temor al ridículo. Y entonces desde esa actitud, meterse en algo dramático es muy fácil.

–¿Tu compromiso con el tango se produce después de actuar con Piro?

–Ahí me di cuenta de cuánto me conmovía el tango, lo sentí como algo orgánico. Parecía raro, después de tanta música clásica, de que de chica escuchaba a Serrat, a Silvio Rodríguez. Porque nunca fui una rockera, aunque admiro mucho a Charly García y a Spinetta. Tratando de encontrar alguna clave de esta pasión por el tango, me acordé de que a los 15 le había pedido a mi mamá que me escribiera la letra de "Malena". No te puedo precisar la circunstancia, es como un retazo de memoria, pero sin duda me había impresionado su calidad poética. Bueno, entre Piro y *Tangos canallas* hice unos cuantos trabajos como actriz, además de participar como cantante en distintos espectáculos, haciendo tangos de diversas épocas.

–¿Identificás el momento en que encontrás tu estilo, tu acento propio, este registro que te caracteriza ahora?

–En esos años de *cantactriz* invitada profundicé el desarrollo de mi voz. Fui explorando las posibilidades del repertorio. Cuando advertí cuánto me gustaban los tangos de los '20, su lenguaje tan directo, las historias que contaban, me puse a ver películas, a escuchar discos, a investigar. Y para *Tangos canallas* elegí temas que sirvieran para contar esta historia de amor de una chica que no quiere terminar de fabriquera, ni ser prostituta, sino triunfar como cantante. Pero se encuentra con Apolo Vincitore y el destino que le toca es bastante previsible. Con Carlos quisimos, a través de estos dos personajes, hilvanar un relato que en esencia es el mismo que cuentan los tangos seleccionados. La trata de blancas, la prostitución, era el negocio nacional de ese momento.

–Con rufianes de muchas nacionalidades, en pequeña o gran escala...

–Sí, como ese "infeliz que la chamuya en francés". Los policías y los políticos que estaban metidos en esta historia eran muchos. Alfredo Palacios luchó contra esta situación. Son numerosos los tangos que giran alrededor del tema.





Entre la calma que parece aflorar de cierta armonía interior y una elegante reserva, la talentosa cantante y actriz Jana Purita resulta una rara avis en el mundo del espectáculo. Brilla en "Cachafaz", de Copi, y está por reestrenar "Tangos canallas", show donde entona, entre otros tangos antológicos, "Atenti, pebeta", "La Morocha" y "Pipistrela".

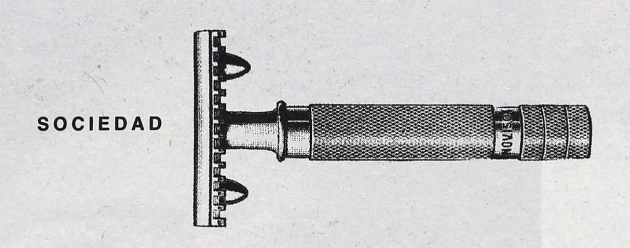
–Pero ninguno de los que critican o expresan lástima por las prostitutas habla de la situación de muchas, directamente esclavizadas.

–Sí que lo estaban gran cantidad de ellas. No figuran concretamente en los que yo canto durante el espectáculo, aunque "De mi barrio" hace referencia a que bajo "las luces de mil colores y la alegría de cabaret, vendo caricias y vendo amores". Pero es verdad que no se menciona esa situación terrible de muchas obligadas a trabajar en calidad de prisioneras, terriblemente explotadas. "Madame Ivonne" se acerca con la historia de una francesa que es engañada por un argentino que le promete casarse con ella y, cuando llega acá, la prostituye. Así que cuando advertí que tantos temas tenían que ver con esa situación tan canallesca respecto de las mujeres, el título se impuso: *Tangos canallas.* El adjetivo canalla es fuerte y califica aquellas situaciones, las relaciones que describen estos tangos, cuyo machismo, tomado literalmente, puede ser insoportable. Pero se lo puede desmontar a través del humor, de los tangos elegidos, de la forma de hacerlos. Yo misma tengo un largo camino recorrido en cuanto a desmontar mi propio machismo, ese machismo que impregnan la cultura dominante, la educación que recibí. Cuando yo advierto esta forma de discriminación, me pongo a revisar y a interrogar mucho a los tangos, como para no convalidar, no hacerme cargo de este machismo. Que quede en todo caso cuestionado, entre signos de pregunta. Lo mismo te diría de los poemas que hace Carlos tan bien: aparte de la selección y ubicación dentro del espectáculo, está la manera de decirlos, que implica una relectura. Hay textos que son contundentes, como el de Roberto Arlt hablando de que a las mujeres les gusta ser animalitos de sacrificio, del Rufián Melancólico.

–¿Cómo es esto de trabajar tanto tiempo con tu marido?

–No fue un plan pretendido, pero se fue dando. Nos llevamos muy bien trabajando juntos, creo que se relaciona con compartir de verdad. Ahora que lo tengo de cafishio en *Tangos...*, imaginate... Creo que nos potenciamos bastante, tenemos básicamente gustos similares, nos conocemos bien, así que nos resulta lo más natural del mundo trabajar juntos. Lo que no significa que no discutamos, que no necesitemos bajar un poco a la tierra para escuchar lo que el otro propone. Pero siempre con un espíritu de equipo muy fuerte y el placer de hacer cosas juntos.

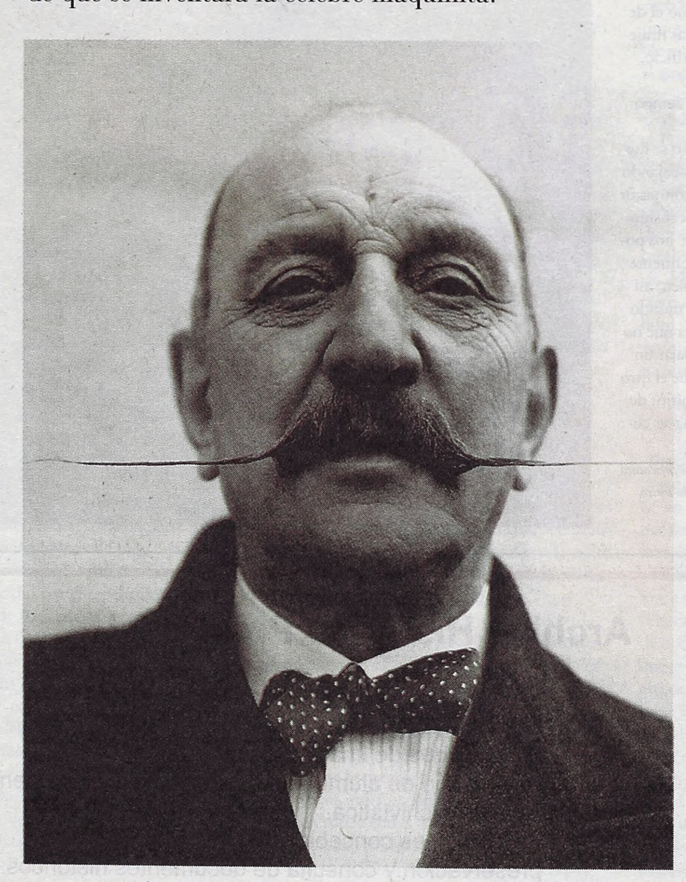
Tangos canallas *se repone el 24 próximo y se presentará los domingos a las 20.30 en Tuñón, bar-resto-teatro, Maipú 851.*



SOCIEDAD

historia

Hablar de la historia del afeitado equivale a contar la historia de la virilidad. Pendularmente, afeitarse o dejarse la barba significó para los varones cosas muy distintas. Como fuere, el acto de afeitarse está documentado desde la prehistoria, miles de años antes de que se inventara la célebre maquinita.



POR MARIA MORENO



Quien quiera concentrarse en algo pequeño, inútil y corto, puede comprar el libro *Un buen afeitado, la búsqueda diaria de la perfección*, de Wallace G. Pinfold, uno de esos refritos sobre menudencias que Internet suele difundir hasta darles el status de monografías. Allí se cuenta la historia de la virilidad a través de su primera tarjeta postal: la del acto de afeitarse. Al parecer los hombres conocieron casi al mismo tiempo la droga y las ganas de sacarse pelo de encima: en las antiguas cavernas se encontraron semillas de amapolas tanto como piedras afiladas, pinzas y dibujos de humanos con o sin barba. Civilizarse significó mejorar las técnicas hasta llegar a la maquinita eléctrica y las lociones Old Spice y Acua Velva con cuyos vahos las Electras de todos los tiempos envolvieron sus evocaciones paternas. La taza, la brocha –mejor si es una Simpson con pelo de tejón– y la navaja completan una imagen de virilidad anticuada que en los tiempos del rey Gillette se combinaba con tiradores de cuero y sexo en la oscuridad.

Durante varios siglos, cirujanos y barberos cumplían funciones curiosamente semejantes. El mismo sujeto sacaba un forúnculo o una muela, cosía una herida y rasuraba. Un poste frente a su puerta señalaba sus servicios. Era para que la víctima, llamada también el paciente o el cliente, se aferrara con fuerza a fin de soportar el dolor. Sobre por qué el poste era azul, colorado y blanco hay diversas discusiones escolásticas. Algunos dicen que las vendas ensangrentadas que coronaban la operación se secaban sobre el poste y bajo el soplo del viento. Pinfold concluye que eso explicaría el origen del color rojo en las bandas del poste. Y palpita que el color azul fue elegido por los cirujanos no barberos en tiempos en los que los oficios se diferenciaban. El blanco simbolizaba la asepsia. Pero también es probable que las franjas rojas representaran la sangre de la arteria, y la azul la de la vena. Tamaña batería simbólica explica perfectamente que la silla de barbería se parezca aún hoy a la silla eléctrica.

Saber que el pelo crece 0,35 mm por día no consuela al que se afeita la barba para redescubrir su mentón deprimido de tortuga ninja o sus mofletes de zapallo de Halloween. Lo mismo que no consuela a una mujer que sacrifica su melena de medusa para descubrir que no tiene cuello.

Un europeo puede conseguir una buena barba más fácilmente que un chino por más mandarín que sea, cuestión étnica. La barba y el cabello no crecen después de la muerte sino que los tejidos se contraen y el líquido corporal se evapora. Es decir no es la galleguidad irredenta del tío Manolo la que ensombrece sus mejillas por sobre la elegancia indeseable de su mortaja ni el cabello de Rufina Cambaceres, cuya bella tumba art nouveau se encuentra en la Recoleta, ha crecido luego de que –según la leyenda– despertara de su catalepsia. Como Euróboros, la serpiente que se muerde la cola, hay pelos de barba que se enroscan y se clavan en la mejilla. A esta contrariedad dérmica se le llama *Pseudofolliculitsbarbae* e invita a adoptar el estilo profeta. En Turquía se ha usado durante siglos un afeitado que tienen el nombre de Sinek aydi, donde la piel permanece lisa durante dos o tres días pero arranca lágrimas de dolor. Quizás alguien concuerde en que la hojita de afeitar, el huevo duro y el broche de la ropa son los mejores diseños simples del mercado. En 1895 King Camp Gillette ideó la maquinita de seguridad y la hoja de dos filos. Su concepto de "desechable" podría hacer que se lo considerara uno de los fundadores del capitalismo. Este canadiense empezó vendiendo 51 maquinitas y 168 hojas. No tardaría en vender 90.000 maquinitas y 2,4 millones de hojas. Su rostro y su nombre acompañaron durante décadas el momento más íntimo de un hombre, fuera del monotemático y mucho








del afeitado



menos estético de la masturbación. King Camp Gillette se hizo literalmente la América cuando, durante la Primera Guerra Mundial, EE.UU. le encargó 3,5 millones de maquinitas y 36 millones de hojitas de afeitar que garantizarían la higiene en las trincheras (los británicos decidieron conservar una elegancia menos masiva llevando al frente sus navajas). La Gillette es un invento tan bueno como el jean y la Coca-Cola pero las mujeres nos damos menos cuenta.

BARBAS FEMENINAS

Wallace G. Pinfold no menciona el momento en que la comunidad gay decidió vencer estereotipos y reivindicar para sus códigos el bigote y el pelo en pecho, imponiendo el modelo "oso" pero sin exagerar: ¿Qué "loca" quiere parecerse a Moisés y sus tablas de la ley? Tampoco se ocupa de la barba de las mujeres. Por este lado –y por tratarse de este suplemento– habría que hacer justicia: como había nacido mucho antes de Jacques Lacan, a Magdalena Ventura su apellido no le provocó ninguna asociación, tampoco el lugar de los Abruzzos en que había nacido: "Acumulo". Su ventura consistió en acumular pelo de pies a cabeza, un síntoma de hipertiroidismo. En 1634 al duque de Alcalá, virrey de Nápoles, le pareció que Magdalena merecía la gloria aunque no había hecho nada por conseguirla, así que la hizo posar ante la paleta del "Españoleto", José Ribera. No lo hizo sola, sino con su marido y su pequeño hijo que ella lleva sujeto al redondo y turgente pecho desnudo. Mucho antes de que las minorías sexuales se organizaran en torno de sus derechos y que los psiquiatras y psicoanalistas hablaran de "perversión", hubo hombres de espíritu libre como el marido de Magdalena que pasó a la posteridad como consorte de la mujer barbuda en una versión *queer* de la sagrada familia. La misoginia gay y heterosexual se ha complotado para hacer sospechar que el modelo de Ribera era un hombre y no una mujer: lo quiere travesti en tiempos sin mayores conocimientos sobre hormonas y cirugía creativa.

La vida de Julia Pastrana, nacida en México en 1834, tuvo más tragedia que la de Magdalena Ventura. Descubierta por el empresario de circo Theodore Lent, fue exhibida y explotada como fenómeno incluso después de su muerte. Es cierto que su dueño se casó con ella pero fue para que un patriarca dominara mejor a una mujer que tenía el aspecto de uno. El 20 de marzo de 1860 Julia Pastrana tuvo un hijo que vivió 35 horas y al que sobrevivió tres días. Si alguien sospecha que Theodore Lent había perdido su fuente de recursos, se equivoca: luego de contratar las tareas de un taxidermista, vendió la momia de su mujer y de su hijo a la Universidad de Moscú. Como la institución encontró la forma de hacerlas rentables, se puso competitivo y reclamó las momias en calidad de marido y padre aunque no para enterrarlas sino para exhibirlas: a ella vestida de bailarina rusa, a él vestido de marinerito. La documentación sobre la vida de Julia Pastrana no ofrece contradicciones. Pero en un artículo de Jaime Bedoya, publicado en *Caretas*, se agregan algunos detalles. Theodore Lent se habría casado con otra mujer barbuda, luego habría enloquecido y muerto. Su segunda esposa habría heredado las momias y las habría vendido para casarse con un joven y volver al hábito del afeitado que antes había abandonado por razones profesionales.

Hoy la barba sigue siendo para las mujeres una cuestión política. Si es un legado de la naturaleza, se puede eludir mediante los avances de la ciencia, si no forma parte de él, se puede conseguir también por los avances de la ciencia como lo ha hecho el cordobés Mauro Cabral desde su voluntad de autodiseño transgénero.

Aunque no tenga el largo ni la línea bipartita que Carlos Escudé copió de José Martí.

POLITICA CAPILAR

La barba permite al *no tan hermoso* rediseñarse con sólo dejar su equipo de afeitar –valga la redundancia y la rima– *en remojo*. La moda siempre tiene una base material –eso no lo negaría ni el mismo barbudo Carlos Marx– y el afeitado se debió tanto a complejos valores culturales como a algo bien pedestre: para tu enemigo tu barba es tu manija, basta agarrarla para que te entre mejor la hoja de la daga, al menos en los tiempos del austero combate cuerpo a cuerpo cultivado antes de los misiles, el ántrax por correspondencia y los psicópatas con rifles de mira telescópica.

Mucho antes de que la barba se volviera fuertemente marcada por la ideología no era indemne a la lucha de clases. Los ricos tenían navajas de cobre y bronce y los pobres cuchillos y piedras afilados, pero unos y otros solían terminar ensangrentados por lo menos antes que en 1847 el ingenioso William Henson inventara el mango. El hermoso Brummell tenía un peluquero para los rizos del costado, otro para los de la frente y un tercero para los de atrás, algo más elegante que tener un pésimo implantador como Carlos Menem, quien adoptó en tiempos de calvicie incipiente un esponjado plumón sobre la coronilla que el pueblo socarrón llamó inmediatamente "gato".

Ni noticias de Fidel Castro en Sierra Maestra cuando Mussolini pudo haberse jactado de adelantar el significado político de la barba: "El fascismo es antibarba. La barba es un signo de decadencia. Mirad los bustos de los grandes emperadores romanos y veréis que todos se afeitaban: César, Augusto. Cuando se inició el declive de la gloria de Roma, se puso de moda la barba. Y ello es aplicable a todas las épocas. El renacimiento es una época sin barbas", decía. Miren quien habla, un tipo para quien la virilidad combinaba con plumas en el casco y tacos altos.

David Viñas acuñó la expresión "política capilar" para señalar eso que hace que el pelo forme parte de un sistema de signos que apuestan a formar parte de complejos mensajes visuales emitidos por determinados poderes. Fue él quien señaló la importancia de las patillas en el personaje que es atacado en *El matadero* de Echeverría, la trascendencia semiológica de la cabellera de Facundo Quiroga citada por la cabeza de Carlos Menem cuando él aún buscaba la impronta "nac and pop", anterior al vértigo privatizador.

Es cierto que a lo largo de la historia la greña suelta y la barba en oposición al pelo corto y las mejillas rasuradas fueron más a menudo emblema libertario que al revés. Sin embargo, durante la era victoriana, Aubrey Bearsley, William B. Yeats y Oscar Wilde se afeitaron hasta lograr mejillas de bebé para diferenciarse de la capilosidad patriarcal. Pero a grosso modo el afeitado delata al marine, al skinhead, al monje budista o no, al mahometano o al amish, figuras de la derecha o al menos no de izquierda. Mientras que la barba ha señalado la protesta contra la guerra de Vietnam, el levantamiento en Sierra Maestra, el golpe de Pinochet contra Allende. La barba psi se quiere parapolítica pero enfatiza la respetabilidad y la autoridad paternal. La de Papá Noel y la de los siete enanitos, lujuria encubierta.

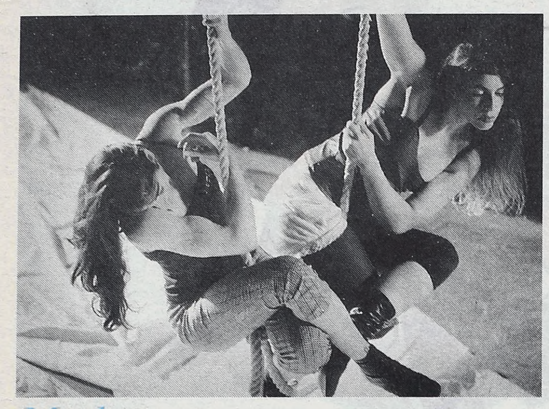
La barba formó parte del marketing político del Che y la forma ideal para que su rostro se transformara en un esquema sugestivo a través de una foto solarizada (el nazismo tuvo su contraproyecto en el flequillo transversal de Hitler y su bigotito quirúrgico). Pero la fuerza visual con subliminales evocaciones cristianas de los barbudos vestidos con andrajos color verde botella que entraron a La Habana en 1959 tenía una base práctica: se habían quedado sin hojitas de afeitar. ¿Después quién renuncia a un símbolo? Si se llega a los ochenta años se habrán utilizado 2965 horas de la vida en afeitarse. Por eso Fidel Castro, en algún momento de su eterno gobierno, cambiaría su explicación de las barbas revolucionarias diciendo que había decidido canjear esas horas de afeitada por trabajos (entre otros, discursos públicos de cuatro horas de duración).

Malas noticias: el capitalismo salvaje combina con nada salvaje mejilla lisa y pelo de marine.



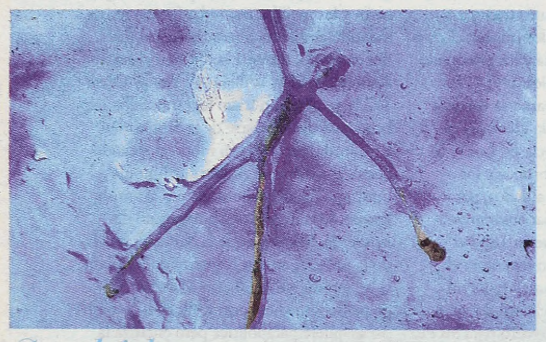




Medea

M.E.D.E.A. es una puesta coreográfica del poema dramático de Heiner Müller "Medeamaterial". La escena transcurre en una gran pajarera donde las mujeres trepan, se anudan, escapan y caen por cuerdas y telas. La dirección actoral es de Daniel y la coreografía y la dirección general es de Mariana Paz. Los jueves, en el Portón de Sánchez (Sánchez de Bustamante 1034).



Saubidet

Hasta el 17 de noviembre se puede visitar en la Sala de Exposiciones del Paseo Alcorta (primer nivel) la muestra de Celina Saubidet titulada *Confederación de almas*. Esculturas de resina dignas de ser contempladas.



Tributo a Fangio



Tag Heuer reeditó el cronógrafo Targa Florioi, un clásico del '50 cuyo nombre se refiere a la carrera que se corrió en Sicilia, Italia, desde 1906 hasta 1973. En tributo a Juan Manuel Fangio, quien tuvo en ella una actuación memorable en 1953, la marca suiza ha realizado una edición limitada de 200 piezas.



Malbec Sirah

Bodegas Balbi, que produce exclusivamente vinos de alta calidad, lanzó al segmento de vinos finos su nuevo tinto de la línea Calvet. Se trata de un bivarietal producido en San Rafael, Mendoza: un malbec sirah concebido de acuerdo con el paladar argentino. El recién llegado tiene un precio razonable: 6 pesos.



Efecto luminoso

Nivea Body lanzó su loción hidratante Efecto Luminoso: un producto para humectar la piel, sobre todo después del sol pero no necesariamente, y otorgarle, además de suavidad, cierto brillo, pigmentos de luz natural.



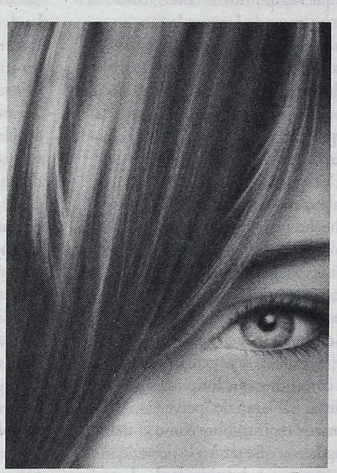
Centella

Los laboratorios Temis-Lostaló lanzaron la nueva Centella Queen Reductora, desarrollada en base a su especialidad: la lucha contra la celulitis. El producto es un granulado efervescente con sabor a naranja, elaborado a base de centella asiática y fibras naturales, que produce saciedad y neutraliza la absorción de hidratos de carbono y lípidos. El contenido de centella actúa de dos maneras: estimula la biosíntesis del colágeno y mejora la microcirculación y la permeabilidad capilar.



Según Zicka

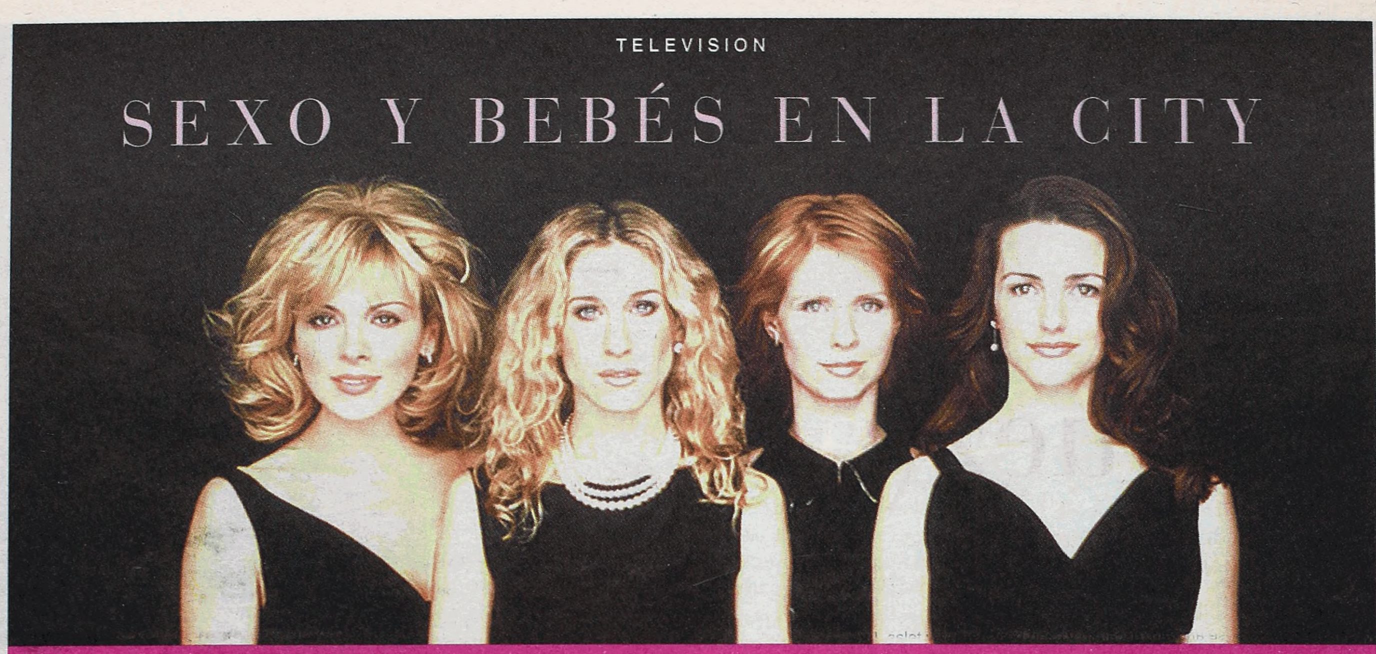
Actualmente en cartel en la Sala Colette del Paseo La Plaza, los jueves a las 20.30, la obra *Según Zicka* continúa su exitosa historia, tras haber recibido el primer premio en el IV Festival de Teatro de Mar del Plata 2001, y haber recibido tres nominaciones para los premios Estrella de Mar. La obra pertenece al Grupo Buena Yunta: se trata de un grupo de investigación y autogestión actoral integrado por ex alumnas de Agustín Alezzo y Augusto Fernández. *Según Zicka* parte de un texto de Magela Zanotta. Transcurre en el siglo I, en la Mesopotamia, en una ciudad a orillas del Eufrates.



Pelo

Issue relanzó toda su amplísima gama de productos para el cuidado del pelo. La historia de la marca se remonta a 1976, cuando dos empleados de una empresa norteamericana comenzaron a fabricar y a vender dos productos: un quitaesmalte y un depilador. Un polvo decolorante fue luego el disparador de lo que hoy es el Issue Group, que fabrica sus productos en tres países y comercializa sus marcas en más de diez países de América y Europa. Ocho líneas específicas, algunas de ellas para profesionales, entre las cuales se destacan los champúes (ahora con manzanilla, miel y trigo, aloe y jojoba), y la intachable savia vegetal.

SEXO Y BEBÉS EN LA CITY



En su cuarta temporada, Sex and the City no puede eludir el tema que desvela a las treintañeras, por más divertidas y lujuriosas que sean, cuando se aproximan a los cuarenta: los embarazos y las parejas estables.

POR SANDRA CHAHER

En Nueva York, a la gente le cuesta estar a solas con otros, especialmente si entre ellos hay algo más que sexo." Así podría empezar un capítulo de la cuarta temporada de "Sex and the City" que actualmente se está viendo en la Argentina por Cinecanal. Con la mayoría de las protagonistas promediando la treintena, guionistas y productores decidieron sumergirlas en los desafíos de los compromisos emocionales. Desde agosto, las cuatro chicas no hacen más que intentar lidiar con el "sí, quiero... ay, en realidad no sé... ¿y si lo hablamos mañana?". Miranda, la abogada exitosa, contenida y racional, tendrá un hijo fruto de una noche de "sexo compasivo" con su ex. Charlotte retoma con firmeza las riendas de su vida de soltera después de comprobar que el leitmotiv de su marido no es armar una familia con niños felices. Samantha intenta librar una batalla lógica, perdida de antemano, contra el primer sentimiento amoroso –y no excluyentemente sexual– que tiene por un hombre. Y Carrie es abandonada por su novio porque no se siente lista aún para casarse.

Las cuatro mujeres, más sus actuales, sus ex y sus amigos, están solos en la noche neoyorquina. Queriendo amar y ser amados, pero con obstáculos para lograrlo. Las cuatro están frente a situaciones que demandan compromiso emocional, desnudas y sensibles ante la evidencia de que en Nueva York reina el individuo, con sus necesidades, deseos y vicios urgentes. La templanza o la paciencia, o al menos el famoso "deja que el tiempo corra", no vale en la ciudad de la *fast life*. No sólo el sexo debe tenerse hoy, porque mañana el hombre puede no estar, una puede estar arrugada y vieja, o la ciudad puede haber desaparecido (una presunción no necesariamente fatalista en la versión 2002 de Manhattan), sino que los sentimientos también parecen tener fecha de vencimiento. Cuando aparecen, hay que sacarles el jugo, concretarlos ya. Darles tiempo a que maduren, florezcan, quizá evolucionen hacia algo mejor o distinto, no es para neoyorquinos. Quizá pueda esperarse eso en el ¿aún hippie? San Francisco, o en la modernidad *new age* de Los Angeles, pero habría que ver. Donde seguro todavía puede verse el tiempo correr es en los pueblos del interior del país, donde la constancia puede ser una virtud tan fuerte como un mandamiento. Pero en Nueva York hay que vivir mucho, rápido, intensamente, con excitación, sin aburrirse, sin cansarse... agota de sólo pensarlo. Pero ahí está el éxito de "Sex and the City": la cámara es el gran voyeur de los vaivenes, los bamboleos y el vértigo de vidas tumultuosas.

En esta cuarta temporada en la que Charlotte y Trey deciden recomponer su matrimonio, ¿qué habría pasado si ella no se hubiera obsesionado con quedar embarazada, presionando sobre los encuentros sexuales y la vida emocional de una pareja que en la cama ya se las traía? Es cierto que cuando queremos embarazarnos el tema puede volverse neuróticamente obsesivo, pero, ¿es necesario hacer una consulta de fertilidad apenas tres meses después de dejar los anticonceptivos? ¿Aprender mandarín porque el plan B es adoptar un niño oriental? ¿Qué está primero: la ansiedad por cumplir el deseo propio o el vínculo de pareja? Trey siente la presión, confiesa que podría ser feliz con ella, sin hijos, que si el crío viene, bienvenido, y que mientras tanto se relajen. Y a Charlotte la invade la frustración. La distancia entre ellos quintuplica el metraje del ya enorme departamento que habitan. Entonces él vuelve a su vida de soltero en casa de su madre, y ella inicia cursos-para-poder-olvidar.

Samantha se entrevera en una relación profesional que rápidamente deviene erótica con un empresario tierno y sensual, que insinúa pretender momentos de cariño además de lujuria. Ella se debate, no bajo la presión de él sino de sus propios sentimientos: por primera vez parece haber sucumbido a algo que ni se atreve a imaginar como amor. Tolera con altura su lucha interior, pero no puede con las evidencias de los flirteos de él con otras mujeres. Porque si bien ella no se abandona en sus brazos como una dama romántica, ya no hay otros hombres en su vida. Se volvió monógama. Y en un arrebato público y pasional lo insta a mantener la misma conducta para con ella. El se niega, en principio. Samantha no puede esperar, incinerada por el despecho y porque el sentimiento por un hombre amenace su histórica autonomía. Y cuando su hombre viene a decirle que bueno, que podrían intentarlo, que ella finalmente es diferente de las otras, ella quizá sienta que el destino le está cobrando alguna cuenta impaga: él la pesca *in fraganti* y sonriente vuelve a su ruedo: "Samantha, tú eres así, de cama en cama".

En la forma en que Miranda lleva adelante su embarazo también pueden leerse los párrafos de relatos de vida escritos a solas. No sólo se demora un par de meses en decirle a su ex que quedó embarazada y que decidió tener al bebé (él no es tampoco un desconocido como para obviarle semejante información), sino que no comparte con él, pese a sus pedidos, la maternidad-paternidad. Ni visitas obstétricas ni ecografías de a dos.

Y Carrie es abandonada por Aidan porque apenas seis meses después de haber reanudado el romance, y a un par de meses de compartir mesa y lecho, él no tolera que ella le pida tiempo para animarse a usar un vestido blanco frente a todo Nueva York. "He tenido novias por 20 años –protesta el hombrón–, ahora quiero una esposa. Quiero saber que eres mía." Y ahí, en esa frase, y en esa historia, donde también se anteponen los deseos y las necesidades personales a la posibilidad de construir con otro, se evidencia con más potencia que en ninguna de las demás otra línea argumental de esta serie paradigmática de una época quizá ya en transformación: la histórica ambivalencia norteamericana entre las convenciones por un lado y el culto a la persona por otro. Las convenciones indican que las parejas que se aman, se casan, tienen hijos y viven felices, o lo aparentan. La Estatua de la Libertad, en cambio, levanta su antorcha por una vida sin límites, fronteras ni restricciones. En esa lucha se pierden, como bien dice Carrie, las posibilidades de innovar, de vivir otras opciones.

La ciudad que le enseñó al mundo nuevas tendencias en arte, diseño, moda y hasta estilos de vida no pudo darle a su gente cierta sabiduría de las emociones para enfrentar lo diferente que esa cultura creaba. Debajo de la vida *cool* y relajada, de los encuentros casuales, de los *happenings* obligados, Nueva York quizá no sea diferente de Boston, Seattle o Houston. Sus habitantes tienen vidas más anónimas, libres y excitantes, pero apelan a fórmulas clásicas cuando de darle un sentido a sus vidas se trata. "¿Será que estar acompañados es más difícil que estar solos –podría preguntarse Carrie Bradshaw, la antropóloga sexual de Nueva York–? ¿Que sostener una relación amorosa es inversamente más complejo que construir amistades duraderas?" Por ahora, las chicas siguen encontrando más confortable bailar solas.

La juez(a)



Hilda Kogan integra desde hace una semana la Suprema Corte de Justicia bonaerense. Docente y vicepresidente de la Asociación de Mujeres Jueces Argentinas, reivindica una noción de Justicia que subraya la inmediatez y el contacto del juez con los ciudadanos.

POR MARTA DILLON

Hace apenas una semana que ocupa su despacho en el Palacio de Justicia de La Plata, pero luce tan relajada sobre el sillón de cuero negro, amparada en el contraluz de la ventana, que parece destinada a habitar un lugar como ése. Y, sin embargo, ni siquiera se le había ocurrido que sería ella, Hilda Kogan, hija de ucranianos, obligada por mandato a ascender socialmente por la escalera de su esfuerzo, quien rompería el techo de cristal para convertirse en la primera mujer ministro de la Suprema Corte de Justicia de la Provincia de Buenos Aires. La idea se la habían comentado hace tiempo, es cierto. Y la había tentado. Pero, bueno, una mujer como ella no puede detenerse a tejer ilusiones. Tenía su cátedra en la Universidad de Buenos Aires, los muchos seminarios que organiza la Asociación de Mujeres Jueces Argentinas y el juzgado; un juzgado federal de primera instancia en previsión social que suele tener una constante de 27 mil causas. "No iba a estar pendiente de lo que podía pasar. Hice bien, cuando me dijeron que me tenía que ir, pude hacerlo sin dejar una sola causa pendiente." Estaba preparada, pero nada la salvó del susto, la alegría, el peso de la responsabilidad como una carga nueva y preciada, en fin, las sensaciones que confesó atropelladamente cuando empacaba sus portarretratos en cajas de cartón. Todo eso ya pasó. No queda en sus gestos ni el más leve temblor.

–¿Y por qué iba a sentirlo? Mi rol es seguir siendo magistrada, uno de los puntos que defendemos en las asociaciones a las que pertenezco es la horizontalidad. La Constitución habla de jueces, no importa si son de primera, segunda o tercera instancia. Tengo las mismas obligaciones que antes. Pero estoy más cómoda, incluso, porque la presión de la primera instancia es fuertísima: está la mesa de entrada, los plazos, la gente. Acá te apuran, pero desde otro lugar.

–¿Y no siente que será especialmente observada por ser la primera mujer en la Corte?

–A las mujeres siempre nos están observando, tomando examen, cuestionando. Estamos sobreexigidas, tenemos que hacer más que los demás para demostrar que servimos. ¿A vos no te pasa? ¿Cómo es el mundo de las periodistas? ¿Hay mujeres en la dirección de los diarios?

Es una pregunta retórica. La doctora Hilda Kogan sabe que el *techo de cristal* protege la hegemonía masculina en la cima de cualquier pirámide. Igual, insiste en develar este hecho, evidentemente para reivindicar la Asociación de Mujeres Jueces Argentinas (AMJA), la asociación de la cual es vicepresidente ("si quieren –ofreció la juez a las periodistas– les podemos pasar el estatuto") y que ha puesto grandes expectativas en su nombramiento.

–Somos nosotros los que más esperamos que esta oportunidad se traduzca en una situación de mayor inmediatez, de mayor exigencia en el nivel de trabajo.

Vaya paradoja: para mencionar a la AMJA usa el género masculino: "nosotros". Pero esas son las trampas del lenguaje, unos pocos varones integrados a un grupo de mujeres son suficientes para anular el femenino.

–¿Y por qué se suman los hombres a ese espacio?

–Porque, si bien es cierto que defendemos el tema de género, también somos conscientes de que tenemos una visión que encara la Justicia desde otro lugar. Y entonces hay jueces a los que les gusta nuestro trabajo y participan de esta forma de mirar y están en la asociación.

–¿Cuál sería ese otro lugar para impartir Justicia?

–Estamos a favor de una situación en la Justicia que tenga que ver con lo que se llama la inmediatez. Nosotros entendemos que el rol del juez no se circunscribe a estar sentado en su despacho dictando sentencias, si no que el juez debe estar en contacto con el ciudadano, con el justiciable, tratando de ver qué pasa y qué no pasa en el ámbito judicial en el que tiene que moverse y que muchas veces trasciende su propio juzgado. Y eso lo hacemos mejor las mujeres que los hombres, al menos en este primer momento. Debe ser una sensibilidad distinta, que tiene que ver con el género y que se aplica en la forma de administrar Justicia.

–¿Por qué las mujeres podrían garantizar la inmediatez?

–Creo que es una característica nuestra. Igual que el lugar distinto que le damos a nuestra familia. Yo ahora estoy conversando tranquilamente con el teléfono apagado porque ya hablé con mis dos hijos. Si no, estaría prendido y pediría disculpas para atenderlo. Siempre ha sido así, desde que era abogada de sindicatos como el de Luz y Fuerza. He asistido a reuniones en horarios impensados, pero siempre estuvo primero la familia. Los hombres, en cambio, no lo piensan así.

–¿Cree que estas características que describe ahora son revalorizadas?

–Por algunos, pero es claro que todavía son necesarias las medidas de acción positiva para corregir las desigualdades. En el Poder Judicial es claro lo que sucede: en primera instancia, las mujeres jueces son un 37 por ciento del total; en segunda, el 16; en tercera, hasta ahora, era cero. Eso sin contar que la mayoría accedió a la magistratura cuando los sueldos estuvieron tan bajos que dejaron de ser tentadores para muchos hombres.

La juez(a)



EL PRIMER DIA: HILDA KOGAN ASUME COMO LA PRIMERA MUJER EN OCUPAR UN LUGAR DENTRO DE LA SUPREMA CORTE BONAERENSE.

Hilda Kogan integra desde hace una semana la Suprema Corte de Justicia bonaerense. Docente y vicepresidente de la Asociación de Mujeres Jueces Argentinas, reivindica una noción de Justicia que subraya la inmediatez y el contacto del juez con los ciudadanos.

POR MARTA DILLON

Hace apenas una semana que ocupa su despacho en el Palacio de Justicia de La Plata, pero luce tan relajada sobre el sillón de cuero negro, amparada en el contraluz de la ventana, que parece destinada a habitar un lugar como ése. Y, sin embargo, ni siquiera se le había ocurrido que sería ella, Hilda Kogan, hija de ucranianos, obligada por mandato a ascender socialmente por la escalera de su esfuerzo, quien rompería el techo de cristal para convertirse en la primera mujer ministro de la Suprema Corte de Justicia de la Provincia de Buenos Aires. La idea se la habían comentado hace tiempo, es cierto. Y la había tentado. Pero, bueno, una mujer como ella no puede detenerse a tejer ilusiones. Tenía su cátedra en la Universidad de Buenos Aires, los muchos seminarios que organiza la Asociación de Mujeres Jueces Argentinas y el juzgado; un juzgado federal de primera instancia en previsión social que suele tener una constante de 27 mil causas. "No iba a estar pendiente de lo que podía pasar. Hice bien, cuando me dijeron que me tenía que ir, pude hacerlo sin dejar una sola causa pendiente." Estaba preparada, pero nada la salvó del susto, la alegría, el peso de la responsabilidad como una carga nueva y preciada, en fin, las sensaciones que confesó atropelladamente cuando empacaba sus portarretratos en cajas de cartón. Todo eso ya pasó. No queda en sus gestos ni el más leve temblor.

–¿Y por qué iba a sentirlo? Mi rol es seguir siendo magistrada, uno de los puntos que defendemos en las asociaciones a las que pertenezco es la horizontalidad. La Constitución habla de jueces, no importa si son de primera, segunda o tercera instancia. Tengo las mismas obligaciones que antes. Pero estoy más cómoda, incluso, porque la presión de la primera instancia es fuertísima: está la mesa de entrada, los plazos, la gente. Acá te apuran, pero desde otro lugar.

–¿Y no siente que será especialmente observada por ser la primera mujer en la Corte?

–A las mujeres siempre nos están observando, tomando examen, cuestionando. Estamos sobreexigidas, tenemos que hacer más que los demás para demostrar que servimos. ¿A vos no te pasa? ¿Cómo es el mundo de las periodistas? ¿Hay mujeres en la dirección de los diarios?

Es una pregunta retórica. La doctora Hilda Kogan sabe que el *techo de cristal* protege la hegemonía masculina en la cima de cualquier pirámide. Igual, insiste en develar este hecho, evidentemente para reivindicar la Asociación de Mujeres Jueces Argentinas (AMJA), la asociación de la cual es vicepresidente ("si quieren –ofreció la juez a las periodistas– les podemos pasar el estatuto") y que ha puesto grandes expectativas en su nombramiento.

–Somos nosotros los que más esperamos que esta oportunidad se traduzca en una situación de mayor inmediatez, de mayor exigencia en el nivel de trabajo.

Vaya paradoja: para mencionar a la AMJA usa el género masculino: "nosotros". Pero esas son las trampas del lenguaje, unos pocos varones integrados a un grupo de mujeres son suficientes para anular el femenino.

–¿Y por qué se suman los hombres a ese espacio?

–Porque, si bien es cierto que defendemos el tema de género, también somos conscientes de que tenemos una visión que encara la Justicia desde otro lugar. Y entonces hay jueces a los que les gusta nuestro trabajo y participan de esta forma de mirar y están en la asociación.

–¿Cuál sería ese otro lugar para impartir Justicia?

–Estamos a favor de una situación en la Justicia que tenga que ver con lo que se llama la inmediatez. Nosotros entendemos que el rol del juez no se circunscribe a estar sentado en su despacho dictando sentencias, si no que el juez debe estar en contacto con el ciudadano, con el justiciable, tratando de ver qué pasa y qué no pasa en el ámbito judicial en el que tiene que moverse y que muchas veces trasciende su propio juzgado. Y eso lo hacemos mejor las mujeres que los hombres, al menos en este primer momento. Debe ser una sensibilidad distinta, que tiene que ver con el género y que se aplica en la forma de administrar Justicia.

–¿Por qué las mujeres podrían garantizar la inmediatez?

–Creo que es una característica nuestra. Igual que el lugar distinto que le damos a nuestra familia. Yo ahora estoy conversando tranquilamente con el teléfono apagado porque ya hablé con mis dos hijos. Si no, estaría prendido y pediría disculpas para atenderlo. Siempre ha sido así, desde que era abogada de sindicatos como el de Luz y Fuerza. He asistido a reuniones en horarios impensados, pero siempre estuvo primero la familia. Los hombres, en cambio, no lo piensan así.

–¿Cree que estas características que describe ahora son revalorizadas?

–Por algunos, pero es claro que todavía son necesarias las medidas de acción positiva para corregir las desigualdades. En el Poder Judicial es claro lo que sucede: en primera instancia, las mujeres jueces son un 37 por ciento del total; en segunda, el 16; en tercera, hasta ahora, era cero. Eso sin contar que la mayoría accedió a la magistratura cuando los sueldos estuvieron tan bajos que dejaron de ser tentadores para muchos hombres.

Nunca se cuestionó la especialización elegida. Apenas terminó de estudiar, consiguió trabajo en un estudio dedicado al derecho laboral y en ese camino siguió, hasta que la llamaron para ocupar su despacho en el Palacio. Las cosas se dieron así y las oportunidades no se desprecian, es sencillo. Más para una mujer que había terminado su carrera con la presión de sus padres pisándole los talones para que ella fuera algo más que una trabajadora industrial o un ama de casa. "La presión era fuertísima, soy de la generación de *mi hijo el doctor*, estudié gracias al esfuerzo de mis padres y de mi hermano varón, sólo estudiábamos las mujeres. Aunque mi hermana fue más literal: es médica."

Ni un rastro de culpa por ese hermano, así se organizó la familia, sencillamente. Hilda sólo tenía que cumplir con lo que se esperaba de ella. Se recibió de abogada en cuatro años, haciendo honor a la banda que le cruzaron sobre el pecho cuando egresó del quinto año del secundario: Miss Justicia. Ella era la clásica defensora de pobres y ausentes. Cuando volvió de su maestría en la Universidad de Carolina del Norte, en Estados Unidos, empezó a trabajar en el primer fuero en que pudo. "Supongo que cuando estudiaba, como todos, fantaseaba con el derecho penal; porque era lo que veíamos en las películas. Pero bueno, se dio así." Y así se acostumbró a lidiar en ámbitos con mayoría masculina que tardaban en darse cuenta de que Hilda no era la secretaria de un abogado que ya llegaría.

Fue después de la muerte de su esposo, el encuestador radical Edgardo Catterberg, que se decidió a pasar "del otro lado del mostrador", ese que separa a los abogados de los funcionarios judiciales. "Y como conocía a tanta gente de uno y otro lado, en cuanto hubo una vacante, me nombraron." El sueño se le cumplía para consolar el duelo por su compañero, "un referente radical –según la descripción de ella–, que bajó la línea política en mi casa, convenciendo a mis dos hijos". Hilda Kogan también es radical y como tal entró a formar parte de una Corte con mayoría justicialista. No es que sea militante, "pero los principios radicales están inmersos en mi vida y en mi familia".

–Estar tan identificada con un partido político, ¿no le resta credibilidad o independencia a sus decisiones judiciales?

–No afectó hasta ahora, no sé por qué habría de afectarme en adelante. De las personas involucradas en mis casi 70 mil sentencias, nunca nadie me cuestionó por haber sido ideológicamente sentenciosa.

–También es cierto que la crisis de legitimidad se ha profundizado como nunca antes.

–De todas maneras, creo que no es nuevo. Y básicamente se tiene que revertir esta pérdida de credibilidad con el trabajo y con la interacción con los medios. Hay un trabajo interesante que hizo Gallup en la provincia de Buenos Aires, en el año '95 o '96, cuando esta crisis tal vez no era tan grave como ahora, pero ya se detectaba una falta de credibilidad del orden del 80 por ciento. Sin embargo, cuando en la misma investigación se consulta a las personas que tuvieron un juicio, ellos o algunos de sus familiares, ese porcentaje llega al orden del 20 por ciento. Quiere decir que la brecha entre el 80 y el 20 está formada por el imaginario que generan los medios.

–¿Es un problema de comunicación, entonces?

–No sólo eso. Hay algunas prioridades que atender, para mí la primera es el tema de los tiempos. Una Justicia que tarda se parece demasiado a la injusticia. Pero también es cierto que hay que cambiar la relación que los magistrados tenemos con la prensa, no existe más esto de que los jueces hablan solamente por sus sentencias. La relación con la prensa debe ser por canales institucionales, o sea un organismo de prensa dentro de la Corte, de la asociación de magistrados o, si hay algo puntual, dentro de la Corte, debería hablar el presidente. Pero es necesario terminar con lo que se llama, mal o bien, vedettismo. Por eso yo no quiero que me saquen fotos. No quiero participar de eso. Sin prensa no hay Justicia, esto es cierto, porque la gente necesita estar informada. Pero hay que encontrar una relación en la que la prensa no titule "La Justicia" para referirse a lo que hizo fulano de tal. De todas maneras, esto no es sencillo ni lineal. El descrédito que se instaló es producto de instituciones erosionadas, fundamentalmente por la gran injusticia social que padecemos. Y mucha gente cree que esto tiene que estar resuelto en la Justicia. Pero son dos situaciones diferentes: la Justicia no puede hacerse cargo, ni es su papel hacerse cargo, de todo lo que genera la injusticia social, aunque sí de una parte importante.



EL PRIMER DIA: HILDA KOGAN ASUME COMO LA PRIMERA MUJER EN OCUPAR UN LUGAR DENTRO DE LA SUPREMA CORTE BONAERENSE.

Nunca se cuestionó la especialización elegida. Apenas terminó de estudiar, consiguió trabajo en un estudio dedicado al derecho laboral y en ese camino siguió, hasta que la llamaron para ocupar su despacho en el Palacio. Las cosas se dieron así y las oportunidades no se desprecian, es sencillo. Más para una mujer que había terminado su carrera con la presión de sus padres pisándole los talones para que ella fuera algo más que una trabajadora industrial o un ama de casa. "La presión era fuertísima, soy de la generación de *mi hijo el doctor*, estudié gracias al esfuerzo de mis padres y de mi hermano varón, sólo estudiábamos las mujeres. Aunque mi hermana fue más literal: es médica."

Ni un rastro de culpa por ese hermano, así se organizó la familia, sencillamente. Hilda sólo tenía que cumplir con lo que se esperaba de ella. Se recibió de abogada en cuatro años, haciendo honor a la banda que le cruzaron sobre el pecho cuando egresó del quinto año del secundario: Miss Justicia. Ella era la clásica defensora de pobres y ausentes. Cuando volvió de su maestría en la Universidad de Carolina del Norte, en Estados Unidos, empezó a trabajar en el primer fuero en que pudo. "Supongo que cuando estudiaba, como todos, fantaseaba con el derecho penal; porque era lo que veíamos en las películas. Pero bueno, se dio así." Y así se acostumbró a lidiar en ámbitos con mayoría masculina que tardaban en darse cuenta de que Hilda no era la secretaria de un abogado que ya llegaría.

Fue después de la muerte de su esposo, el encuestador radical Edgardo Catterberg, que se decidió a pasar "del otro lado del mostrador", ese que separa a los abogados de los funcionarios judiciales. "Y como conocía a tanta gente de uno y otro lado, en cuanto hubo una vacante, me nombraron." El sueño se le cumplía para consolar el duelo por su compañero, "un referente radical –según la descripción de ella–, que bajó la línea política en mi casa, convenciendo a mis dos hijos". Hilda Kogan también es radical y como tal entró a formar parte de una Corte con mayoría justicialista. No es que sea militante, "pero los principios radicales están inmersos en mi vida y en mi familia".

–Estar tan identificada con un partido político, ¿no le resta credibilidad o independencia a sus decisiones judiciales?

–No afectó hasta ahora, no sé por qué habría de afectarme en adelante. De las personas involucradas en mis casi 70 mil sentencias, nunca nadie me cuestionó por haber sido ideológicamente sentenciosa.

–También es cierto que la crisis de legitimidad se ha profundizado como nunca antes.

–De todas maneras, creo que no es nuevo. Y básicamente se tiene que revertir esta pérdida de credibilidad con el trabajo y con la interacción con los medios. Hay un trabajo interesante que hizo Gallup en la provincia de Buenos Aires, en el año '95 o '96, cuando esta crisis tal vez no era tan grave como ahora, pero ya se detectaba una falta de credibilidad del orden del 80 por ciento. Sin embargo, cuando en la misma investigación se consulta a las personas que tuvieron un juicio, ellos o alguños de sus familiares, ese porcentaje llega al orden del 20 por ciento. Quiere decir que la brecha entre el 80 y el 20 está formada por el imaginario que generan los medios.

–¿Es un problema de comunicación, entonces?

–No sólo eso. Hay algunas prioridades que atender, para mí la primera es el tema de los tiempos. Una Justicia que tarda se parece demasiado a la injusticia. Pero también es cierto que hay que cambiar la relación que los magistrados tenemos con la prensa, no existe más esto de que los jueces hablan solamente por sus sentencias. La relación con la prensa debe ser por canales institucionales, o sea un organismo de prensa dentro de la Corte, de la asociación de magistrados o, si hay algo puntual, dentro de la Corte, debería hablar el presidente. Pero es necesario terminar con lo que se llama, mal o bien, vedettismo. Por eso yo no quiero que me saquen fotos. No quiero participar de eso. Sin prensa no hay Justicia, esto es cierto, porque la gente necesita estar informada. Pero hay que encontrar una relación en la que la prensa no titule "La Justicia" para referirse a lo que hizo fulano de tal. De todas maneras, esto no es sencillo ni lineal. El descrédito que se instaló es producto de instituciones erosionadas, fundamentalmente por la gran injusticia social que padecemos. Y mucha gente cree que esto tiene que estar resuelto en la Justicia. Pero son dos situaciones diferentes: la Justicia no puede hacerse cargo, ni es su papel hacerse cargo, de todo lo que genera la injusticia social, aunque sí de una parte importante.

PERSONAJES

una tal Jennifer

Jennifer Aniston, la espigada protagonista de "Friends" y esposa de Brad Pitt, disfruta su etapa dorada. La celebran, le dan premios y le pagan un millón por episodio. Ella sonríe e intenta aparentar que vive lo suyo con naturalidad, pero nadie se lo puede creer.

POR ROCÍO AYUSO

Su nombre representa lo que cualquier campaña de lanzamiento promete: pierda esos kilos de más que le roban la felicidad. Jennifer Aniston luce delgada y feliz. Su felicidad no pudo ser más real el pasado septiembre: sonrisa triunfante, con su premio Emmy en la mano y su vestido de Christian Dior rosa con una caída perfecta en un cuerpo igual de perfecto. Fue la coronación de nueve años como parte de la comedia más popular de la pequeña pantalla, "Friends", un programa que ha hecho de Aniston la nueva chica de la tele, lo que fueron antaño Mary Tyler Moore o Doris Day, pero para la audiencia de este nuevo siglo. Un triunfo que sólo confirma el aprecio popular por una actriz a la que ya antes había valorado la industria de manera monetaria, con un sueldo que en la actualidad asciende a un millón de dólares por cada uno de los episodios de esta serie. Para redondear su felicidad, ahí está su marido, el actor Brad Pitt, el hombre al que un tercio de la población femenina se querría llevar a la cama, y que Aniston no comparte con nadie después de una boda de ensueño en la playa de Malibú. Triunfo, dinero y amor, y todo ello después de que uno de sus representantes le recomendara a esta joven californiana de cuerpo mediterráneo, dado el origen griego de su familia, que adelgazara 15 kilos si quería ser alguien en Hollywood. El consejo fue más específico, encaminado a que esta intérprete sin suerte hasta entonces pudiera hacerse con el papel de Rachel Green en "Friends". Un consejo que, por lo demás, está siempre en boca de una industria obsesionada con las tallas imposibles.

"Es algo que ha sobrepasado absolutamente todas mis expectativas, cualesquiera que fueran", afirma Aniston con cara de total sinceridad. Las pupilas de los ojos azules de esta actriz de 33 años también exceden el tamaño normal de sus órbitas, cualesquiera que fueran, como las de un conejo sorprendido bajo los faros de un coche. "Nunca he sido una persona ambiciosa. De hecho, nunca llegué a pensar que lo fuera a conseguir, con mis profesores de arte dramático siempre diciéndome que lo abandonara, que era una desgracia para la profesión. En los dos años que viví en Nueva York, después de haber pasado por la escuela artística, creo que no tuve más de dos trabajos. No conseguía ni un anuncio en ese tiempo, que lo dediqué a servir mesas y hacer *castings*. Ni tan siquiera podía decir que trabajaba *off Broadway*", recuerda ahora de un pasado que no dista más de una década de su actual triunfo. "Aun así –añade– era muy feliz. No tendría muchas expectativas ni creía que estuviera destinada para algo grande, pero era de lo más feliz."

Jennifer Joanne Pitt, su nombre de casada, aunque profesionalmente sigue conservando el de Aniston, continúa manteniendo la sonrisa abierta y los faros en la mirada. Con ese pelo que tanto ha dado que hablar, perfectamente arreglado dentro del aire casual de su apariencia –vaqueros, chándal de angora posiblemente hecho a mano y chancletas como calzado–, la actriz sólo quiere esforzarse por ser normal, pese a tantos elogios. "Lo que quiero decir es que no hay nada que envidiar", afirma jugueteando con ese anillo de aspecto sencillo que luce en el dedo de casada, y que en realidad cuesta una fortuna, diseñado en exclusiva para la pareja, en oro blanco con 20 diamantes y grabado con las palabras "Brad 2000". "Nada que envidiar porque todo eso no es más que la imagen que se crea en los medios de comunicación. La única diferencia entre mi vida y la de los demás es que hay gente que me sigue, y toma fotos, y está obsesionada con cosas que no sé cómo les pueden obsesionar, porque yo no lo vivo como real. Nadie sabe realmente quién soy."

Nacida en Sherman Oaks, un barrio de clase media de Los Angeles, Aniston ya llevaba algo del mundo artístico en la sangre: con el actor John Aniston, habitual en culebrones televisivos, como padre, y con Nancy, su madre, también modelo y fotógrafa. Ninguno de los dos le animó a seguir esta ruta; tampoco su padrino, Telly Savalas, más conocido por su papel de Kojak en la pequeña pantalla. No es más que una tradición griega", recuerda la actriz. "El fue el padrino de boda de mis padres, y eso implica ser el padrino del primogénito." Es su tono habitual de conversación, siempre quitándole importancia a todo, como si quisiera equilibrar el hecho de que en la actualidad sea una de las mujeres de quien más se escribe, parte de una serie que se ve en cien países y uno de los rostros más reconocibles del planeta, que incluso llegó a adornar, ilegalmente, una marca de condones en Rusia.

Ella se sigue viendo así, como una chica normal que, tras haber probado suerte en Nueva York y seguir en busca de fortuna en Los Angeles, se acabó dando de bruces con ella. "Está claro que fue una suerte, porque si no hubiera decidido prolongar mis vacaciones en Los Angeles y me hubiera vuelto a Nueva York, nada de esto...", se pierde antes de continuar. "No fue una decisión consciente. Tenía un trabajo cuando me escogieron para 'Friends', pero yo me había presentado a las pruebas de reparto porque no sabía si la otra serie, que se llamaba 'Mudding Trough', iba a continuar. Y continuó, y tuve que luchar para que me dejaran rescindir mi contrato. Recuerdo que entonces una amiga me llamó para decirme: 'Voy a presentarme a tu papel en *Friends*, porque he oído que te van a sustituir. ¿Me ayudas a prepararme?'. Y yo me sentí como si ya estuvieran martillando los clavos en el ataúd. Afortunadamente, mi postura con 'Friends' fue una de las grandes decisiones de mi vida y lo sigue siendo."

En total, nueve años de fama, dinero y continuos rumores. "Lo más incómodo es el tema del dinero", afirma con rapidez. "Yo nunca le preguntaría a nadie cuánto cobra o si cree que se lo merece. Por mi parte, creo que no hay nada que defender y me siento muy cómoda en ese terreno." Otros comentarios que, semana tras semanas, llenan las páginas de la prensa del corazón, en especial desde su relación con Pitt, prefiere tomárselos con humor. Son de lo más variado: la supuesta mezcla de aspirinas que añade al champú para tratar el cabello, su curso de griego para recuperar sus orígenes, sus clases de *strip-tease* para mantenerse en forma, o el abando-

PERSONAJES

una tal Jennifer

CON DAVID SCHWIMMER, UNO DE SUS COMPAÑEROS DE FRIENDS.

RECIBIENDO EL EMMY 02 A LA MEJOR ACTRIZ.

CON BRAD PITT, SU MARIDO.

Jennifer Aniston, la espigada protagonista de "Friends" y esposa de Brad Pitt, disfruta su etapa dorada. La celebran, le dan premios y le pagan un millón por episodio. Ella sonríe e intenta aparentar que vive lo suyo con naturalidad, pero nadie se lo puede creer.

POR ROCÍO AYUSO

Su nombre representa lo que cualquier campaña de lanzamiento promete: pierda esos kilos de más que le roban la felicidad. Jennifer Aniston luce delgada y feliz. Su felicidad no pudo ser más real el pasado septiembre: sonrisa triunfante, con su premio Emmy en la mano y su vestido de Christian Dior rosa con una caída perfecta en un cuerpo igual de perfecto. Fue la coronación de nueve años como parte de la comedia más popular de la pequeña pantalla, "Friends", un programa que ha hecho de Aniston la nueva chica de la tele, lo que fueron antaño Mary Tyler Moore o Doris Day, pero para la audiencia de este nuevo siglo. Un triunfo que sólo confirma el aprecio popular por una actriz a la que ya antes había valorado la industria de manera monetaria, con un sueldo que en la actualidad asciende a un millón de dólares por cada uno de los episodios de esta serie. Para redondear su felicidad, ahí está su marido, el actor Brad Pitt, el hombre al que un tercio de la población femenina se querría llevar a la cama, y que Aniston no comparte con nadie después de una boda de ensueño en la playa de Malibú. Triunfo, dinero y amor, y todo ello después de que uno de sus representantes le recomendara a esta joven californiana de cuerpo mediterráneo, dado el origen griego de su familia, que adelgazara 15 kilos si quería ser alguien en Hollywood. El consejo fue más específico, encaminado a que esta intérprete sin suerte hasta entonces pudiera hacerse con el papel de Rachel Green en "Friends". Un consejo que, por lo demás, está siempre en boca de una industria obsesionada con las tallas imposibles.

"Es algo que ha sobrepasado absolutamente todas mis expectativas, cualesquiera que fueran", afirma Aniston con cara de total sinceridad. Las pupilas de los ojos azules de esta actriz de 33 años también exceden el tamaño normal de sus órbitas, cualesquiera que fueran, como las de un conejo sorprendido bajo los faros de un coche. "Nunca he sido una persona ambiciosa. De hecho, nunca llegué a pensar que lo fuera a conseguir, con mis profesores de arte dramático siempre diciéndome que lo abandonara, que era una desgracia para la profesión. En los dos años que viví en Nueva York, después de haber pasado por la escuela artística, creo que no tuve más de dos trabajos. No conseguía ni un anuncio en ese tiempo, que lo dediqué a servir mesas y hacer *castings*. Ni tan siquiera podía decir que trabajaba *off Broadway*", recuerda ahora de un pasado que no dista más de una década de su actual triunfo. "Aun así –añade– era muy feliz. No tendría muchas expectativas ni creía que estuviera destinada para algo grande, pero era de lo más feliz."

Jennifer Joanne Pitt, su nombre de casada, aunque profesionalmente sigue conservando el de Aniston, continúa manteniendo la sonrisa abierta y los faros en la mirada. Con ese pelo que tanto ha dado que hablar, perfectamente arreglado dentro del aire casual de su apariencia –vaqueros, chándal de angora posiblemente hecho a mano y chancletas como calzado–, la actriz sólo quiere esforzarse por ser normal, pese a tantos elogios. "Lo que quiero decir es que no hay nada que envidiar", afirma jugueteando con ese anillo de aspecto sencillo que luce en el dedo de casada, y que en realidad cuesta una fortuna, diseñado en exclusiva para la pareja, en oro blanco con 20 diamantes y grabado con las palabras "Brad 2000". "Nada que envidiar porque todo eso no es más que la imagen que se crea en los medios de comunicación. La única diferencia entre mi vida y la de los demás es que hay gente que me sigue, y toma fotos, y está obsesionada con cosas que no sé cómo les pueden obsesionar, porque yo no lo vivo como real. Nadie sabe realmente quién soy."

Nacida en Sherman Oaks, un barrio de clase media de Los Angeles, Aniston ya llevaba algo del mundo artístico en la sangre: con el actor John Aniston, habitual en culebrones televisivos, como padre, y con Nancy, su madre, también modelo y fotógrafa. Ninguno de los dos le animó a seguir esta ruta; tampoco su padrino, Telly Savalas, más conocido por su papel de Kojak en la pequeña pantalla. No es más que una tradición griega", recuerda la actriz. "El fue el padrino de boda de mis padres, y eso implica ser el padrino del primogénito." Es su tono habitual de conversación, siempre quitándole importancia a todo, como si quisiera equilibrar el hecho de que en la actualidad sea una de las mujeres de quien más se escribe, parte de una serie que se ve en cien países y uno de los rostros más reconocibles del planeta, que incluso llegó a adornar, ilegalmente, una marca de condones en Rusia.

Ella se sigue viendo así, como una chica normal que, tras haber probado suerte en Nueva York y seguir en busca de fortuna en Los Angeles, se acabó dando de bruces con ella. "Está claro que fue una suerte, porque si no hubiera decidido prolongar mis vacaciones en Los Angeles y me hubiera vuelto a Nueva York, nada de esto...", se pierde antes de continuar. "No fue una decisión consciente. Tenía un trabajo cuando me escogieron para 'Friends', pero yo me había presentado a las pruebas de reparto porque no sabía si la otra serie, que se llamaba 'Mudding Trough', iba a continuar. Y continuó, y tuve que luchar para que me dejaran rescindir mi contrato. Recuerdo que entonces una amiga me llamó para decirme: 'Voy a presentarme a tu papel en *Friends*, porque he oído que te van a sustituir. ¿Me ayudas a prepararme?'. Y yo me sentí como si ya estuvieran martillando los clavos en el ataúd. Afortunadamente, mi postura con 'Friends' fue una de las grandes decisiones de mi vida y lo sigue siendo."

En total, nueve años de fama, dinero y continuos rumores. "Lo más incómodo es el tema del dinero", afirma con rapidez. "Yo nunca le preguntaría a nadie cuánto cobra o si cree que se lo merece. Por mi parte, creo que no hay nada que defender y me siento muy cómoda en ese terreno." Otros comentarios que, semana tras semanas, llenan las páginas de la prensa del corazón, en especial desde su relación con Pitt, prefiere tomárselos con humor. Son de lo más variado: la supuesta mezcla de aspirinas que añade al champú para tratar el cabello, su curso de griego para recuperar sus orígenes, sus clases de *strip-tease* para mantenerse en forma, o el abandono, de ella y su marido, del hábito de fumar marihuana para poder concebir en un futuro cercano. Con un suspiro y una sonrisa, Aniston comparte esa filosofía cotidiana de que hay que tomarse lo bueno con lo malo. "¿Qué le vas a hacer? Uno tiene que escoger sus batallas", añade recién solucionado su último enfrentamiento legal tras unas fotos que le hicieron mientras tomaba sol en *topless* en su casa. "Tienes que sentar precedente. Y tenemos leyes que se supone que nos protegen de estas cosas."

"No quiero sonar desagradecida y amo mi trabajo, pero me estaba sintiendo algo frustrada en mi propia carrera, y por mucho que adore lo que hago, y me encanta 'Friends' y hacer reír a la gente, hacer lo mismo un año tras otro acaba resultando aburrido, así que necesitaba algo diferente", comenta de una ruptura que no ha sido fácil. Aún con un año más por delante en su contrato y con una identificación completa entre su persona y la Rachel Green de ficción, la sorpresa ha sido su paso por *The Good Girl*, filme independiente con un presupuesto por debajo de los 10 millones de dólares (la mitad de lo que gana esta actriz en un año), y donde Aniston interpreta a Justine, una cajera deprimida de un supermercado en medio de la nada que se ve envuelta en un idilio que no va a ningún sitio, pero que le sirve para alejarse de la aburrida vida que mantiene junto a su marido. "Fue una forma de ponerme a prueba, de ver si podía hacer algo más allá de la comedia."

El resultado no ha podido ser más elogiado, como demuestran las críticas y los galardones, incluyendo la buena acogida en el Festival de Sundance. Como resume el realizador, él quería hacer una pequeña película sobre la depresión y ella quería probar si podía actuar fuera de la comedia, y el resultado ha sido "una nueva novia para la pantalla". Eso sí, una novia que primero se tuvo que librar de la sombra de "Friends", especialmente de ese continuo movimiento de manos con el que acentuaba cualquier conversación y que ahora ha desaparecido, al menos fuera de la serie, gracias al consejo de su profesora de interpretación: "Siéntate en tus manos".

¿Todo esto gracias a la ensalada con garbanzos, chauchas, pavo y queso aliñada con limón con la que esta mujer de rutinas se ha alimentado durante los nueve años de "Friends" para cuidar esa preciosa línea? "No creo que esté todo en la apariencia, incluso si te lo repiten constantemente, en especial cuando eres una actriz joven. No es del todo cierto. Siempre he creído que si eres buena, eso acaba sobresaliendo."





CON DAVID SCHWIMMER, UNO DE SUS COMPAÑEROS DE FRIENDS.

RECIBIENDO EL EMMY 02 A LA MEJOR ACTRIZ.

CON BRAD PITT, SU MARIDO.



no, de ella y su marido, del hábito de fumar marihuana para poder concebir en un futuro cercano. Con un suspiro y una sonrisa, Aniston comparte esa filosofía cotidiana de que hay que tomarse lo bueno con lo malo. "¿Qué le vas a hacer? Uno tiene que escoger sus batallas", añade recién solucionado su último enfrentamiento legal tras unas fotos que le hicieron mientras tomaba sol en *topless* en su casa. "Tienes que sentar precedente. Y tenemos leyes que se supone que nos protegen de estas cosas."

"No quiero sonar desagradecida y amo mi trabajo, pero me estaba sintiendo algo frustrada en mi propia carrera, y por mucho que adore lo que hago, y me encanta 'Friends' y hacer reír a la gente, hacer lo mismo un año tras otro acaba resultando aburrido, así que necesitaba algo diferente", comenta de una ruptura que no ha sido fácil. Aún con un año más por delante en su contrato y con una identificación completa entre su persona y la Rachel Green de ficción, la sorpresa ha sido su paso por *The Good Girl*, filme independiente con un presupuesto por debajo de los 10 millones de dólares (la mitad de lo que gana esta actriz en un año), y donde Aniston interpreta a Justine, una cajera deprimida de un supermercado en medio de la nada que se ve envuelta en un idilio que no va a ningún sitio, pero que le sirve para alejarse de la aburrida vida que mantiene junto a su marido. "Fue una forma de ponerme a prueba, de ver si podía hacer algo más allá de la comedia."

El resultado no ha podido ser más elogiado, como demuestran las críticas y los galardones, incluyendo la buena acogida en el Festival de Sundance. Como resume el realizador, él quería hacer una pequeña película sobre la depresión y ella quería probar si podía actuar fuera de la comedia, y el resultado ha sido "una nueva novia para la pantalla". Eso sí, una novia que primero se tuvo que librar de la sombra de "Friends", especialmente de ese continuo movimiento de manos con el que acentuaba cualquier conversación y que ahora ha desaparecido, al menos fuera de la serie, gracias al consejo de su profesora de interpretación: "Siéntate en tus manos".

¿Todo esto gracias a la ensalada con garbanzos, chauchas, pavo y queso aliñada con limón con la que esta mujer de rutinas se ha alimentado durante los nueve años de "Friends" para cuidar esa preciosa línea? "No creo que esté todo en la apariencia, incluso si te lo repiten constantemente, en especial cuando eres una actriz joven. No es del todo cierto. Siempre he creído que si eres buena, eso acaba sobresaliendo."

TALK SHOW POR MOIRA SOTO

Fatalidad, ¿tu nombre siempre es mujer?

Si bien no está entronizado como Alfredo Alcón ni masivamente glorificado como Ricardo Darín, Julio Chávez es uno de los mejores actores argentinos, además de refinado pintor, maestro de actrices y actores muy respetado, autor y director teatral. Precisamente –en tanto que *Un oso rojo*, film en el que rinde un protagónico admirable, sigue en cartel y lo ha convertido en eje de elogios y entrevistas– discretamente, casi secretamente, Chávez está mostrando a amigos, y a amigos de amigos –de él mismo, de sus intérpretes–, *Seis al cinco*. Se trata de varias piezas breves que ya publicó bajo el título *Obras cortas* (en la puesta actual, falta una, con dos únicos roles masculinos).

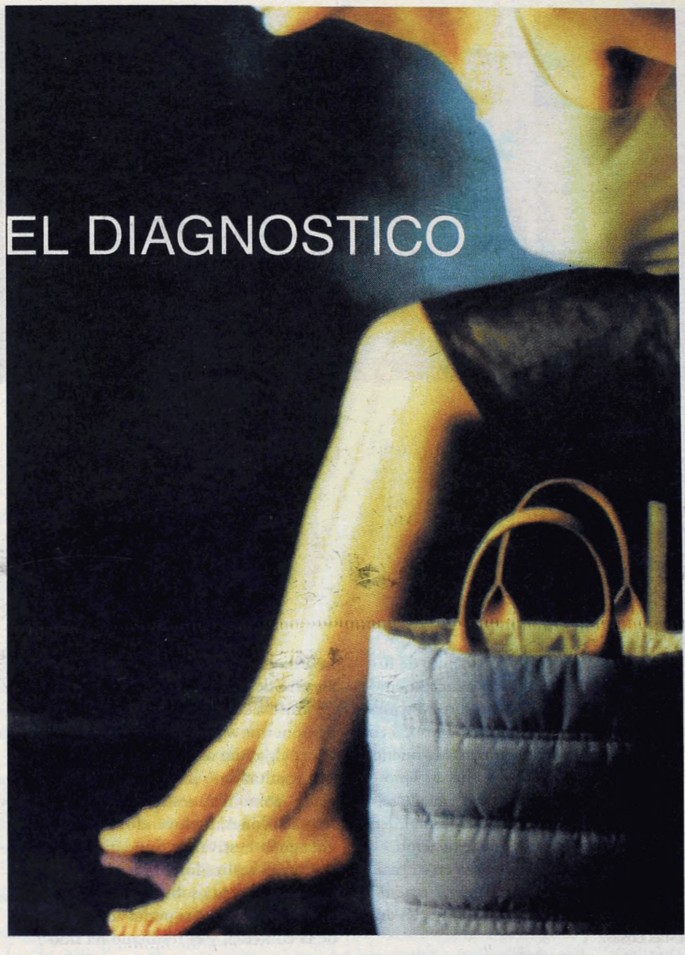
Los textos, en particular *La bruta espera* y *Lo otro*, denotan un trabajo depurado –que partió de improvisaciones– respecto del lenguaje que identifica a los personajes, de la aguda observación –filtrada por un humor casi siempre corrosivo– de usos y costumbres, de ciertos arquetipos y sobre todo de la locura ordinaria, cotidiana, ésa que anda suelta, con la que convivimos en distintos ámbitos, y de la que también solemos ser portadoras.

Ahora bien, resulta que, en *Seis al cinco* –espectáculo que a los méritos citados suma estupendas actuaciones–, la locura y también la fatalidad tienen invariablemente nombre de mujer. No nos vamos a poner aquí a negar la existencia de locas, tocadas, insanas, delirantes en el mundo que nos rodea. Y tampoco dejaremos de reconocer que las chifladas destructivas de Chávez están por lo general diseñadas con inteligencia. Pero cuando cinco relatos escénicos al hilo están protagonizados por chicas de distinta edad y condición que irradian energía disolvente, que ejercen diferentes formas de violencia –ningunear, manipular, criticar, torturar, humillar– de la que son víctimas los hombres (salvo en el caso de Agueda, que maltrata a la amiga con que vive), no queda otra, desde un enfoque de género, que hablar de misoginia. Si la mujer es presentada reiteradamente como el enemigo, como chivo expiatorio de los problemas de la condición humana, se están reforzando –conscientemente o no– estereotipos sexistas.

En *Seis al cinco* –entre una esposa que promete a un santo no mirar a su marido hasta quedar embarazada, una divorciada madura despechada que agravia al joven amante que la deja hasta ligarse una paliza, una parturienta quejosa y pesimista– hay una chica retorcidamente mala, digna heredera de la Glenn Close de *Atracción fatal*. Esta villana al cubo cae en casa de su ex novio y autoflagelándose –"no deberías mover un dedo por mí", "hay que acabar conmigo", etc.– y confesándose –"tuve relaciones con tu mejor amigo, me metí en su casa, en su cama..."–, lo que en realidad busca es culpabilizar al buen tipo traicionado. De esta galería de mujeres peligrosas, acaso el personaje más interesante y complejo, al que es posible mirar con cierta simpatía humana, sea el de la embarazada a punto de parir, pesimista a ultranza, que ve todo a través de un vidrio oscurísimo: el pasado, el presente y también el futuro maternal (enumera las posibles complicaciones de la crianza hasta llegar a los disgustos que procura la adolescencia). Erica Rivas realiza una recordable interpretación, de una gracia indirecta y matizada, de este personaje tan diverso de la mística de *Lo otro* y de la *bitch* de *Será justicia*, a las que encarna con llamativa flexibilidad. Por su lado, Marita Ballesteros, en una etapa de espléndida madurez, va de un personaje gasallesco a una embarazada bruta pero sensata, pasando por la revanchista amante abandonada, con gran riqueza de recursos expresivos, que incluyen la calidad de una voz profunda, bien timbrada y modulada.

Para asistir a las representaciones de Seis al cinco, *en Gorriti 3917 –y Medrano–, los sábados a las 21 y a las 23, y los domingos a las 21, llamar al 4814-2889. Por su parte, Erica Rivas ofrece poemas de Marosa Di Giorgio los miércoles a las 22.30, en el Bar Nacional, Estados Unidos 308.*

ARQUETIPAS POR SANDRA RUSSO



EL DIAGNOSTICO

–¡Clarita!
–¿Quién habla?
–¡Ruth!
–¿Quién habla?
–¡Ruth! ¿Ya no me conocés la voz?
–Ah, Ruth...
–Che, ¿qué pasa?
–Nada. ¿Cómo estás, Ruth?
–¿Qué te pasa?
–Nada. No te reconocí porque hace como seis meses que no hablamos.
–¿Sabés que estuve hibernando? ¡En seis meses no hablé con casi nadie!
–Bueno, tan así no debe ser, porque Cristina me dijo que fueron a cenar y lo pasaron regio.
–Ah, sí. Pero Cristina me llama todas las semanas.
–Bueno, hace seis meses yo te llamé.
–¡Hace seis meses, Clarita! ¡Después no llamaste más!
–Bueno, hace ocho meses creo recordar que también te llamé yo.
–¿Y?
–Nada. Estuve pensando en que hay amistades que se terminan. Una tiene que aceptarlo.
–¡Ay, no seas tan dramática, Clarita!
–Mirá, ¿te lo digo? Te lo digo: no puede ser que en seis meses nunca encuentres un momento para llamarme.
–Pero Clarita, somos amigas hace veinte años, hubo épocas en que nos dejamos de hablar por un año, por dos años...
–¿Cuándo?
–De los treinta a los treinta y dos casi no hablamos.
–No me jodas.
–Cuando te casaste con Ernesto, dejaste de llamarme.
–Mentira.
–Además vos sos fóbica. Me dijiste miles de veces que no soportás que te acosen.
–¿Llamarme una vez por mes dirías que es un acoso?
–¡Me estás haciendo una escena!
–Quiero que te enteres: me cambiaron el diagnóstico. Ahora ya no soy fóbica. Soy histérica.
–Bueno, ¿vamos a comer el sábado?
–Hecho.